

# CULTURA HISPANOAMERICANA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTE NOMBRE

Año III

Madrid, 15 de Febrero de 1914

Núm. 15

## CENTRO DE CULTURA HISPANOAMERICANA

### MEMORIA

PRESENTADA AL EXCMO. SR. MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y BELLAS ARTES POR EL PRESIDENTE DEL CENTRO DE CULTURA EN CUMPLIMIENTO DE PRESCRIPCIONES LEGALES.

La labor realizada por el Centro de Cultura Hispanoamericana, que tengo el honor de presidir, durante el pasado año de 1913, ha sido verdaderamente fecunda para los fines de esta institución, y extraordinaria por lo extensa y eficaz, tanto en las conferencias celebradas como en las constantes conversaciones de cultura y los trabajos literarios publicados en la REVISTA, que ha tenido como digno coronamiento la edición del notable libro *Pro Patria*, obra que debe considerarse de elevada cultura favorecedora del turismo hispanoamericano, y en la que se dan á conocer las riquezas artísticas españolas, los grandes santuarios de la raza y una síntesis de los tesoros monumentales, históricos y artísticos del suelo patrio.

En esta obra civilizadora han puesto su inteligencia y su alto espíritu las plumas más selectas de la intelectualidad patria, resultando un trabajo de verdadero enaltecimiento de grandezas olvidadas, en el que resurge el arte y la cultura que en nuestra historia resplandece.

Los temas sobre los que han versado las conversaciones semanales, celebradas con éxito indiscutible y satisfacción de todos, han sido: «Alianza naval hispanoamericana», del que se derivaron otros importantísimos de carácter comercial; «intercambio de productos», estudios estadísticos de producción y consumo en los distintos mercados de España y América; organizaciones marítimas, tanto militares como mercantes; publicación y venta de libros españoles; fomento de la enseñanza y creación de establecimientos de instrucción pública; escuelas, museos y centros de cultura, sobre cuya extensísima materia se publicará—cuando sea posible—un libro redactado por el ilustre publicista D. Vicente Vera.

En dichas conversaciones tomaron parte constantemente, ilustrándolas de un modo eficaz, los dignos representantes y ministros plenipotenciarios de las Repúblicas americanas, muy especialmente los Sres. D. Emiliano Figueroa, ministro de Chile; D. Hernando Holguín, ministro de Colombia; D. Eduardo Vázquez, ministro del Uruguay; D. Alvaro Saralegui, representante también de esta República, y D. Manuel Montero, cónsul general de la misma; D. Enrique Deschamps, representante de la República Dominicana; D. Juan B. Sosa, de la de Panamá; D. Manuel S. Pichardo, secretario de la Legación de Cuba; D. César Arroyo, cónsul del Ecuador, y otros muchos ilustrados americanos de distintos países que constantemente consagran su atención y su asistencia á estas reuniones, contribuyendo poderosamente con su intervención al éxito verdaderamente notable obtenido con este nuevo procedimiento cultural, en el que no se establece discusión, sino que se emite, por todas las personas que intervienen, conocedoras profundamente del asunto de que se trata, su criterio, su parecer, su modo de interpretar la cuestión; es decir, que en las dos horas de conversación, las veinticinco ó treinta personas que en ella alternan ilustran de modo completísimo el juicio colectivo que del tema tratado se llega á alcanzar.

Puede afirmarse que estos nuevos métodos culturales no sólo elevan el espíritu abstrayéndolo por completo de las tristezas y realidades de la vida, sino que llegan á producir entre los que intervienen un deleite de íntima satisfacción, á la vez que contribuyen á que pueda llegarse á un conocimiento casi perfecto de las interesantes y patrióticas materias culturales que constituyen la conversación.

Entre las brillantes conferencias pronunciadas, merecen especial mención la del excelentísimo señor ex-ministro de Fomento D. Fermín Calbetón, sobre «Relaciones mercantiles hispanoamericanas»; del ilustrado comandante D. José G. Caminero, agregado militar de España en el Brasil, «Impresiones generales de América»; del laureado poeta don Manuel Machado, sobre «Influencia mutua literaria de España y América en lo que va de siglo»; del ilustrado Catedrático de la Escuela Superior del Magisterio D. José Rogerio Sánchez, «Historiadores de Indias»; del cultísimo presidente de la Sociedad Colombina Onubense, D. José Marchena Colombo, sobre «La Rábida en el movimiento actual iberoamericano», y de la ilustre escritora señora Condesa del Castellá, sobre «Gertrudis Gómez de Avellaneda, gloria hispanoamericana». Y últimamente del excelentísimo señor senador, presidente honorario de este Centro, D. Rafael M. de Labra, sobre «Canalejas», y también ocupándose de este eminente hombre público, de los Sres. D. Enrique Deschamps, Conde de Casa-Segovia y el Presidente del Centro que suscribe.

No puede dejar de consignarse con elogio merecido la enorme y cultísima labor realizada en este Centro por su ilustre vicepresidente, la singular escritora Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, la que ha avalorado de manera imposible de apreciar nuestras publicaciones con sus notables trabajos, inspirados en sublime patriotismo y en fe constante en el porvenir de nuestra raza; muestra evidente de esta afirmación son sus brillantes artículos en el libro *Pro Patria*.

Esta fué la labor del año último. La que el Centro de Cultura se propone realizar en 1914, á ser posible, será aún más importante. Nuestra acreditada REVISTA, seguramente, una de las que mayor circulación tienen en Hispano-América, se publicará con perfecta regularidad los días 15 de cada mes, y aparte aquellos extraordinarios que las circunstancias exijan, conteniendo seis secciones: 1.<sup>a</sup> «Notas é impresiones del Centro de Cultura hispanoamericana».—2.<sup>a</sup> «Sección histórica», en la que se publicarán estudios, relatos, descripciones, viajes y comentarios, anteriores al siglo xx.—3.<sup>a</sup> «Sección política», en la que se informará de cuanto se intente, se proyecte ó se ejecute en el mundo y pueda interesar á las relaciones hispanoamericanas.—4.<sup>a</sup> «Sección literaria», para trabajos de bellas letras hispanoamericanas, tanto de escritores y publicistas europeos como de toda América.—5.<sup>a</sup> «Sección de variedades, ciencias, artes, economía, finanzas, misiones comerciales, etcétera».—6.<sup>a</sup> «Notas é informaciones hispanoamericanas».

Se está preparando la edición de dos bibliotecas hispanoamericanas: una, histórica, y otra, literaria, cuya publicación comenzará en un plazo muy breve. En ellas se reproducirán libros, documentos y antecedentes relacionados con la historia de América para poderlos divulgar y vender á precios muy económicos, y que sean de obligada adquisición para todas las bibliotecas de América y España por su interés cultural. El primer libro de esta clase que reproducirá y publicará el Centro, es el interesante libro de Pedro Mártir de Anglería, que se conserva en la Biblioteca Nacional, verdadero monumento histórico, titulado *De Orbe Novo Decades*, que se publicó en Alcalá de Henares en los años 1493 á 1510 la primera; en 1514, la segunda; la tercera, en 1516; la cuarta, en 1518; en 1520, la quinta; en 1524, la sexta; la séptima, en 1525, y la octava, en 1526.

Otro de los libros en preparación para la biblioteca literaria es un interesantísimo estudio del eminente director del Monasterio de La Rábida UNIA.

tor de la Biblioteca Nacional, D. Francisco Rodríguez Marín, sobre Gutiérrez de Cetina en Méjico, en el que se darán á conocer las investigaciones y los documentos encontrados en ellas por dicho eximio literato en archivos de esta Corte y en los hispalenses.

Para no hacer demasiado larga esta Memoria, no hacemos referencia de otros muchos interesantes trabajos y estudios que tiene en preparación el doctor D. Manuel Rodríguez-Navas, director de estas publicaciones en el Centro, y cuya cultura y competencia son garantía positiva del acierto para escoger y del éxito que se obtendrá.

La honrosa misión de cultura que el Ministerio de Instrucción Pública tiene encomendada á esta institución oficial, puede afirmarse que se cumple y realiza en circunstancias verdaderamente beneficiosas para la instrucción en general y para el cultivo de las relaciones espirituales de los pueblos de raza hispánica, pues la libre esfera de acción que el Ministerio de Instrucción Pública le ha otorgado ha sido causa fundamental del desenvolvimiento obtenido en su fecunda, pero aún corta existencia.

Lo que con la debida consideración y respeto elevamos al Ministerio del digno cargo de V. E., esperando que nuestros actos merezcan su aprobación:

El Presidente,

LUIS PALOMO.

Madrid, Enero de 1914.

## NOTAS DE LAS REUNIONES DEL CENTRO DE CULTURA HISPANOAMERICANA

En el día 14 de Enero próximo pasado, el Centro recibió la visita del muy honorable y distinguido profesor señor D. Ramón Moner y Sans, que ha residido veinticinco

años en la República Argentina, donde ejerce con lucimiento notables representaciones en la Prensa, en la Cátedra y en las relaciones de los españoles y de los argentinos.

Saludado el Sr. Moner y Sanz por el Presidente y por la señora Vicepresidente del Centro, el ilustre hispanoargentino leyó un notable discurso, que fué escuchado con recogimiento y aplaudido con entusiasmo.

### **Discurso del Sr. Moner y Sans.**

SEÑORES:

Sea mi primera palabra la sincera manifestación de la honda pena que en este momento embarga mi espíritu al adivinar que ante tan selecto auditorio voy á poner al desnudo mi pequeñez. Me diréis que por qué no rehuí manifestar ante vosotros el balbuceo de mi voz y la modestia de mis conocimientos; á lo que replicara, de llegar á mis oídos la pregunta: que así como el soldado no puede, en la hora del combate, desertar del sitio que sus jefes le señalaron, así, yo, modestísimo soldado hoy de la legión intelectual argentina, no puedo dejar de hablaros en nombre de aquel pueblo en que se meció la cuna de mi hijo, de aquella nación joven, hermosa, plétórica de vida, que si se acerca á las orillas del Atlántico mar para recoger en sus ondas las palpitaciones de la nación española, trepa también á las más altas cumbres de los Andes para admirar desde allí los pueblos que del mejicano golfo al magallánico estrecho se tienden, llevando en sus venas sangre hispana, en sus cerebros toda la grandiosidad de la épica conquista, y en sus labios las sonoridades todas de nuestro sin rival romance.

Nadie me dió, en verdad, tal representación; mas cinco lustros de intensa y batalladora vida bien me autorizan, pienso yo, para aseguraros que, á despecho de entusiasmos cosmopolitas, de diplomáticos afectos, de circunstan-

ciales acercamientos con países y gentes de otras razas, cuando no de otras naciones, el genio hispano se ve doquier, flota en el ambiente y lo domina y avasalla todo. Y ¿cómo no, si de Méjico á la Patagonia todo fué abonado con sangre española, y la sangre, mezclada con el humus, al evaporarse, tonificando cerebros y vivificando pulmones, ata las generaciones que van naciendo con las que gloriosamente cayeran en los campos de batalla? Porque este, señores, es el hecho que pude comprobar en mi ya larga comunión de vida con aquel pueblo, veleidoso como el nuestro; como el nuestro, fácilmente impresionable; como el nuestro, pronto á estallar en vehemencias no siempre reflexivas; pero á la par caballeresco, noble, hidalgo, como hidalgo, noble y caballeresco es el hogar donde se meció su cuna, este hogar nuestro, patria del caballeresco Cid, del noble Don Juan de Austria y del hidalgo desfacedor de entuertos. Qué así es el pueblo argentino, á punto tal, que bastaron unos pocos años para acallar odios que estaban más en los labios que en los corazones, unos cuantos lustros para que aquellas fantásticas cadenas de negra esclavitud se trocaran en trenzas de flores, y por sobre las olas del movedizo mar, de ese mar que besa las costas argentinas y las gaditanas playas, sonaran millones de besos reveladores de francos cariños y de purísimos amores.

A cuantos argentinos ilustres pude hablar antes de pisar la cubierta del barco que conducirme debía á mi nativa tierra, y fueron algunos, no por mi propio valer, sino por su ingénita bondad, oí las mismas ó parecidas frases: «Dichoso usted, que reverá el hogar de sus mayores, de nuestros mayores, ya que harto sabemos todos que la vida política, social, familiar argentina no es más que una prolongación de la vida hispana en sus múltiples y diversas manifestaciones.» Y el aserto iba acompañado de un fuerte apretón de manos; como si con él quisieran poner el sello á la espontánea manifestación de su cariño por nosotros.

Y heme aquí, señores, en este hogar intelectual representativo de la idea más grande de los modernos tiempos— la de lograr que pese en el mundial concierto de los pueblos todos la ya pujante raza hispanoamericana—, á mí, el más modesto campeón de esta causa, desde que al Plata llegara, brincando de alegría el corazón al ver cómo se fué trocando en real el sueño que acariciara no bien orearon mi frente las brisas del Mar Dulce ó la flagelaron con ráfagas de salud las arrebatadoras ondas del pampero. Calcúlese, pues, con qué placer he de hallarme en este sitio y cuán orgulloso he de sentirme al verme rodeado por los más esforzados paladines de tan noble causa. ¡Que ella es lírica! ¡Benditos sean mil veces los lirismos que hacen latir al unísono á ochenta millones de seres! ¡Benditos sean, ya que lograron poner miel en los labios y amor en los corazones!

Pero ¿estamos, por ventura, al fin de la jornada? Creo firmemente que no; antes al contrario, opino, respetando ajenos pareceres, que sólo estamos en los comienzos de la labor, fácil hoy más que ayer, por los apuntados motivos, pero comienzos, en suma, que demandan, para llegar á feliz término, el apoyo del periódico, del libro y de la cátedra, ya que sólo la unión de estos tres factores puede, bien encaminada, asegurar la definitiva influencia de España sobre las naciones que á orgullo tienen llamarse hijas suyas.

¡El periódico! No es fácil la tarea de lograr que la hoja hispana circule con profusión en la República Argentina, donde á millares llegan los diarios franceses, ingleses y alemanes; la dificultad se advierte fácilmente, y ella estriba en la igualdad del idioma. El francés, el inglés, el alemán desean leer en su propia lengua; para el español este deseo no existe. *El Correo Español*, fundado por Romero Jiménez, tuvo que desaparecer; y, fuerza es confesarlo, si hoy tenemos en la Argentina *El Diario Español*, débese á la incansable actividad, al infatigable celo de un periodista

de vigoroso cerebro y recia envergadura, de López-Gomara, á quien me complazco en enviar desde esta tribuna la sincera expresión de mi cariñosa simpatía. Hace ya algunos años, y mezclado incidentalmente en empresas mercantiles relacionada con el periodismo, hube de ponerme al habla por interpósita persona con la Administración de un semanario, artístico en verdad, que se publica aún en esta Corte. Nos proponíamos unos cuantos amigos vender el ejemplar en Buenos Aires á 20 centavos (entonces se vendía á 30); nuestras negociaciones fracasaron; pero la idea había caído en surco fecundo, ya que hoy el aludido periódico circula con profusión en la Argentina por el precio, modesto allí, de 20 centavos: lo que prueba una vez más la axiomática verdad de que la baratura acrecienta la circulación.

Cierto que se trata de un periódico ilustrado, mientras que las hojas de carácter—diré político—circulan allí en exiguo número. ¿Por qué? Pues porque hay en ellas exceso de política, y de política menuda, mezquina, que si logra interesar á los de casa, poco ó nada dice á los que viven alejados del solariego hogar. Difícil es—y hablo por propia experiencia—darse cuenta de la verdadera vida del pueblo español, de sus laudables esfuerzos y de sus progresos constantes leyendo hojas ocupadas y preocupadas de continuo en la próxima crisis—las crisis, para la oposición, siempre están próximas,—en la actitud de tal ó cual personaje, en las últimas declaraciones de determinado prohombre, cuando no en los violentos ataques de quienes dan muestras de indispensable ceguera al minar con su continua prédica el orden, la única base sobre que asentarse puede el pueblo que aspire á ser grande y respetado.

No es que abomine de la política: Dios me libre; de lo que abomino es del exceso de política, que si perjudica al país por distraer fuerzas y energías, también nos perjudica á los ojos de los extraños, presentándonos como un pue-

blo más atento á movimientos de opinión gubernista que á alentar individuales esfuerzos que acrecienten la patria riqueza. Para que la hoja periodística española circulase con relativa profusión por la Argentina, sería indispensable que, dando de mano á la política y al toreo—dispénseme los aficionados,—recogiese las palpitaciones del alma española, de esa alma que alenta grandes empresas industriales y manufactureras, y las fulguraciones de ese cerebro hispano que piensa y medita y fantasea, y al libro entrega el fruto de sus estudios y de sus viglias.

¡El libro! He ahí otro factor importantísimo que ha de impulsar como pocos nuestro predominio moral en América. Sí, ya sé, y comprobarlo he podido, pues bibliófilo y bibliómano, frecuento asiduamente las librerías bonaerenses; ya sé, repito, cuánto ha progresado el comercio de libros entre España y la República Argentina, y cómo las cifras de exportación han crecido en estos últimos veinticinco años. ¡Con cuánto placer recuerdo hoy la tristeza que me causara una pregunta del apreciable historiador argentino D. Mariano Pelliza! Pero ¿ustedes tienen novelistas?—me decía, entre desconfiado y asombrado, allá en 1890.—A esa pregunta contesté desde las columnas de uno de los diarios más serios de la Argentina, *La Nación*, con una serie de artículos que luego reuní en folleto con el título de «Breves noticias sobre la novela española contemporánea». La pregunta de mi cariñoso amigo latigazo fué que espoleó mi españolismo, trocándome en vocero de cuanta producción intelectual hispana llegara á mis manos, tanto que en diarios, en periódicos y en revistas, buscando siempre los de mayor circulación, fuí hablando de obras españolas, de autores españoles, para que aquellas gentes con quienes tan á gusto vivo supieran que en España hay algo más que políticos y toreros, chulos y *cantáoras*. Modestísima fué mi labor, por el mero hecho de ser mía; pero algo entiendo pudo influir para que fuesen apareciendo en las páginas de los periódicos los nombres,

de cuantos en esta tierra la enaltecen con los destellos de su ingenio y las fulguraciones de su inspiración, logrando que con ellos se habituara la familia argentina. ¡Ah, señores! Si me fuese dado puntualizar personalizando, ¡cómo me sería fácil demostrar que la diminuta piqueta del artículo fué abriendo poco á poco angosta ruta, que más tarde vi trocar en ancha y arbolada senda! Quedó muy á gusto el vocero en la penumbra; pero allá, en su foro interno, se regocijaba al ver que aquellos éxitos previstos redundaban en honra y gloria de la nación descubridora y espaciaba su vista por las paredes de su sala de trabajo para posar sus ojos en señal de agradecimiento, ora sobre el Crucifijo que engalana el estudio, ora sobre los retratos de Cervantes, Argensola y Espronceda, ya sobre el monumental escudo de España, artístico obsequio de un grupo de peninsulares.

Más sin querer, y atraído por simpáticos recuerdos, me desvié del tema. Vuelvo gustoso á él para afirmar que aun habiendo crecido mucho el comercio de libros, no ha alcanzado el apogeo que merece, y que en primer término le disputa con visible ventaja la librería francesa; y no la ha alcanzado porque lo retarda un factor económico: el precio. El libro español es caro, y si es caro en la Península, ¡cómo no ha de resultar carísimo allí, aumentado el precio por los gastos de correo, y el beneficio, no siempre módico, del librero! Quizás los editores españoles se defiendan del familiar calificativo de careros asegurando que siempre resulta cara la edición de una obra en corto número de ejemplares; y sin quizás no les falte razón; pero aquí del sobado argumento: no se vende el libro por falta de compradores, ó no hay compradores porque el libro es excesivamente caro. Comparando tamaño, ya que no valer intelectual, entre el libro francés y el español, aquí vence á éste; y sin embargo de explotarse bien los mercados americanos, ¡por qué de las obras de solaz y pasatiempo, principalmente, no podrían hacerse ediciones de cin-

cuenta ó cien mil ejemplares? ¿Es utópico creer mañana, cuando el comercio de libros se haya asegurado y extendido, en la colocación de cien mil ejemplares de una obra entre una población de ochenta ó noventa millones de personas de habla castellana? Creo firmemente que no.

Desviándonos de la faz meramente mercantil del asunto para mirarlo desde otro punto de vista, nadie puede negar la capital influencia que las lecturas ejercen sobre el individuo y sobre los pueblos. Cuando las letras españolas brillaban en todo su esplendor, el influjo hispano, directa ó indirectamente, se dejaba sentir en toda Europa; cuando, en el siglo XVIII, la literatura francesa lo avasalló todo, tanto que hasta

...hubo en Madrid una condesa  
que aprendió á estornudar á la francesa,

y aun hoy, señores, son muchos, por desgracia, en la Península los que estornudan á la francesa, y muchísimos más, los que á la francesa estornudan en las Repúblicas sudamericanas, en las que riñen su descomunal batalla los libros impresos en el idioma de Corneille ó de Boileau con los escritos en el sonoro idioma de los Luises.

¡Ah, señores, ¡con qué honda pena contemplamos los enamorados de nuestro sin par romance cómo lo bastardean privilegiadas inteligencias americanas porque se nutren casi exclusivamente de producciones extranjeras! Piensan bien, sienten hondo; pero cuando llegan á la exteriorización de su sentir ó de su pensar, sin quererlo, brota de sus labios ó se escapa de los puntos de su pluma no ya el vocablo, la frase galaica delatora de foránea influencia.

Nacido en la catalana tierra, pero enamorado ciegamente del castellano lenguaje, si viviendo aún en la Península, robaba horas al natural descanso ansiando dar á mis palabras y á mis escritos el seductor encanto de la pulida forma, extrañado por propia voluntad á la Argen-

tina, dobláronse mis deseos, y al estudio me apliqué, á fin de no ser zángano en aquella colosal colmena y corresponder en cierto modo y de alguna manera á la favorable acogida que se me dispensara. Me afilié desde mi llegada en las modestas filas del Profesorado particular, y en tribuna harto modesta, comencé á quebrar lanzas en pro de la pureza de nuestro lenguaje, simples escarceos que por benevolencia que, hoy como ayer, agradezco, valiéronme el nombramiento de catedrático oficial. Agradecido á fuer de español, y tenaz á fuer de levantino, quise probar que era digno de título tan honroso, y día tras día, y aun diré noche tras noche, á la paciente lectura de los clásicos me dediqué; y como he creído siempre en un dios protector del hispano lenguaje, y con Valera he soñado en la aparición de un nuevo Siglo de Oro, me defendí ó, al menos, abrigué el intento contra la epidemia galaica y neológica allí reinante, amurallando mi cerebro con los bien seguros lienzos de los clásicos y los torreones de los más puros hablistas. Temeroso del contagio, no leí, devoré durante estos años cuantos libros enseñarme podían á manejar con soltura y elegancia nuestro harmónico lenguaje, convencido de que si alguna influencia me era dado ejercer sobre aquella cariñosa juventud que me escuchaba, debía apoyarse, más que en la fría regla, en el ejemplo que, por lo que tiene de vivo y palpitante, avasalla y domina con mayor prontitud los cerebros en formación.

Y como en muy modesta esfera logré algunos resultados, y al andar de los años pude comprobar que mi obscura labor no era del todo perdida, por esto dije que la Cátedra es otro de los factores que pueden contribuir á aumentar en América el predominio intelectual de la Madre Patria.

Quizás en lo que decir pienso al respecto, me tachéis de exagerado, cargo que no he de levantar por entender que las exageraciones de los especialistas son, á la postre, si con calma se analizan, las que impulsan con más fuerza

el avance de los humanos conocimientos. Pienso, pues, que uno de los esfuerzos más briosos que puede hacer la inteligencia hispana es fomentar en la América latina el establecimiento de sucursales de la Real Academia Española, otorgando preferente atención á los trabajos lexicológicos de los hispanoamericanos, inventando el modo de alentar de un modo ú otro la prosecución de trabajos, aplastadores por su propia aridez. El novelista, el dramaturgo, el mismo sociólogo—ya que hoy la Sociología está en moda—hallan amplio mercado para sus producciones; pero la masa general de los lectores, ¿qué sabe de los Rivodó, Isaza, Amusia, Seguí, Reyes, Selva, Segovia ó Garzón? ¿Por qué no abrir concursos para estimular provechosas aficiones, costear obras para premiar de alguna manera meritorios esfuerzos? Si contribuimos todos en la medida cada uno de sus fuerzas á que no se bastardee el heredado lenguaje; si al riquísimo caudal lexicológico ya existente agregamos, previa prudente depuración, cuanto pueda contribuir á acrecentar nuestro patrimonio lingüístico, ¿no iremos paulatinamente acreciendo nuestra influencia intelectual, combatiendo á la vez y de manera indirecta influencias extranjeras? Tengo el convencimiento de que ello puede ser así.

A esta cátedra, que llamaré ambulante, sin asiento fijo, habría que agregar, entiendo, otras que le sirvieran de complemento, y que bien pueden servir para purificar completamente la atmósfera americana, en la que aún se encuentran vestigios de añejas preocupaciones.

Sí: en América, hacen falta cátedras de Historia española, de Política española, de Derecho civil y constitucional español. Se juzga mal nuestra labor de los siglos medios y aun modernos porque no se conoce; se nos echa en cara nuestro fanatismo, la esclavitud del pensamiento hispano, la tiranía de nuestros monarcas, el absolutismo de nuestras leyes, y España es aún para muchos la madre de aquel tétrico y sin entrañas Felipe II; la que dejó mo-

rir para vergüenza suya en la miseria al genial creador del sin par Manchego; la que, y aquí las carnes tiemblan y los cabellos se erizan, la que, repito, dió por premio á Cristóbal Colón un repugnante carcelero, Bobadilla, y en vez de trenzas de flores, que como corona orlaran sus sienas de vencedor, cadenas que ataran los pies y manos de quien le había regalado un mundo. ¡Cuánta falsedad y cuánta patraña!

Un hecho reciente, rigurosamente histórico, demostrará cuánta falta hace proyectar luz, mucha luz, sobre nuestra historia, en sus diversos aspectos.

Cuando mi admirado D. Julián Ribera, vuestro genial amigo, publicó *El Fusticia de Aragón*, hube de prestar el libro al doctor Zeballos, catedrático de Derecho Internacional y uno de los cerebros más potentes de la Argentina. El libro no volvió á mi hogar: su mérito colosal legitimaba la detención, noblemente confesada. Posteriormente, y con motivo de mis recientes Conversaciones públicas en el Histórico Colegio Nacional, de Buenos Aires, hablé de Ribera y de su obra, notabilísima por todos conceptos, y la noticia cayó como cosa nueva, y dos catedráticos, uno, de Instrucción Cívica, y otro, de Moral Cívica, solicitaron en seguida de sus respectivos librereros la compra en España de libro que, según las noticias que de sus labios recogían, había de servirles para rectificar errores y modificar conceptos.

¿Qué demuestra, señores, mi recuerdo? Pues lisa y llanamente que el libro español circula poco, y que poco se conoce aún la verdadera historia de la nacionalidad hispana, cuya hermosa grandeza—pena da el confesarlo—ha sido oscurecida por muchos de sus propios hijos, hijos, por desgracia, mal aconsejados, que para sumar adeptos á ideales que no discuto, no han vacilado en tender el negro manto de la calumnia sobre los hombres y los hechos que más ennoblecieron á España en los pasados y en los modernos tiempos, en entenebreecer en alas de pasiones parti-

distas las espléndidas claridades de nuestra vida nacional.

Y tal prédica está dando, señores, funestos resultados; pues aun viviendo lejos, creo advertir que sobre una buena parte de los habitantes de nuestra querida tierra pesa la asfixiante atmósfera del pesimismo, que al engendrar la roedora melancolía, ata vuelos al espíritu y sofrena voluntades. ¡Qué envidia me dan, señores, así los individuos como los pueblos que tienen en ellos mismos confianza, y qué pena aquellos que de antemano se declaran vencidos en la lucha á que el propio vivir les condena!

Español soy, y tengo, por lo tanto, derecho á decir cuanto pienso sobre la vida política y económica, social y literaria de mi patria. Sé bien que hay dos Españas: una, que grita y politiquea, y otra, que labora y medita; mas como ésta es silenciosa, y bullanguera la otra, por fuerza se enteran más los vecinos de los desplantes de los unos que de las obras de los otros.

Cuando en la hoja diaria, en el libro, en la pública reunión ó en la conversación privada, se asegura que no tenemos ni hombres de gobierno, ni pensadores, ni literatos, ni industriales, ni navieros; cuando un día y otro se predica que *hay que europeizarse*, frase que á mí me suena á *hay que despañolizarse*, lo que bien vale á asegurar que nada tenemos en el propio hogar digno de ser conservado; cuando de continuo soplan en la turbulenta atmósfera de las pasiones partidistas vientos de fronda desencadenados por quienes, más que nadie, predicar debieran el respeto á la Ley, la confianza en los Gobiernos y el amor á España, ¡oh!, entonces, mi ánimo se atribula, y temo, sí, que llegue un día en que el desaliento se apodere de todos, y ante la total parálisis de los individuos se desmorone, no estruendosamente, sino quedo, muy quedo, el edificio nacional.

Afortunadamente, el espíritu se retempla, y digo con el poeta:

•:Aun hay patria, Veremun lo!,

cuando á mis oídos llegan aplausos de los extranjeros al admirar españolas labores; al catalogar los cientos de hispanistas que en extrañas tierras proclaman nuestras glorias de ayer y nuestros esfuerzos de hoy; cuando leo los alardes de progreso de vascos y catalanes, levantinos y gallegos: que sólo los pueblos se engrandecen y prosperan, no cuando reniegan de sus glorias y las entierran, cerrando con siete llaves sepulcros que han de permanecer siempre abiertos, sino cuando se enorgullecen de sus héroes, de sus hechos y de su historia. El pesimismo enerva; el optimismo tonifica y presta alientos. Aprendamos de franceses, ingleses y alemanes á ensalzar lo nuestro, y no olviden los españoles dispépticos y atrabiliarios que es mal pájaro el que se ensucia en su propio nido.

Vengo de un país visitado de continuo por hombres eminentes de diversas naciones europeas y de la gran República norteamericana, y al escuchar cómo ponderaban las propias grandezas, sentí envidia, no lo niego, que algunos de los nuestros que allá fueron, más arribaron á aquellas playas con fines políticos ó mercantiles que con el patriótico anhelo de demostrar que en España hay algo más que políticos y toreros, *cantaores* y manolas.

No sé si es verdad que una gran parte del pueblo español está mal alimentada; mas lo que sí creo es que está triste, y está triste porque engendraron en su alma dudas y recelos contra lo divino y contra lo humano. Cuando nada se espera ni de Dios ni de los hombres, ¿para qué luchar! Si se quiere regenerar á España, hay que combatir el pesimismo, y hay que combatirlo haciendo creer á sus moradores que fuimos colosalmente grandes y que volveremos á serlo si nos lo proponemos.

Voy á terminar, que abuso ya de vuestra paciencia.

Amo con idolátrico cariño á España, quizás porque, como Monlau asegura, el amor al patrio terruño acrece con la distancia; y ésta tiene un privilegio, que yo, creyente, estimo don del cielo, y es que á medida que de ella

nos alejamos, las pequeñeces se van esfumando hasta perderse, y, en cambio, las grandezas y las glorias se agigantan. Cinco lustros de voluntario ostracismo han forzado en mi mente una patria ideal, la España que en el porvenir vislumbro: una patria en la que el rencor no halle asiento; la intransigencia, lugar; aposento, el odio; una patria en la que, al revés de la lóbrega prisión cervantina, toda comodidad halle su puesto; todo esfuerzo bien intencionado, su recompensa; toda legítima gloria, su sólido pedestal. Una España que, como cariñosísima madre extienda su benéfica influencia sobre los hogares que las hijas levantaron en aquel continente, que por ambos lados ciñen dos inmensos océanos, y de cuyo seno surge como gigantesca atalaya el imponente espinazo de los Andes; una España que aspire á que de la espiritual inteligencia con aquellas Repúblicas surja ágil, briosa, pujante, la raza hispanoamericana, llevando impreso en su alma el sello de su noble estirpe, y en su cerebro, las brillanteces todas de nuestras épicas glorias, espoleadas, ávidas de nuevas empresas, por los tropicales cierzos ó por los latigazos del saludable pampero que aun barre como colosal escoba las llanuras argentinas.

Y amo también, señores—ni quiero ni puedo ocultarlo—, á la patria de Rivadavia y de Vélez-Sarsfield, patria á la vez de mi hijo, y la amo con toda la vehemencia de que es capaz mi corazón, que se alborozó de gozo en 1910 y palpité con entusiasmo al contemplar cómo vivaba y vitoreaba á la regia Señora que allí llegara con la realeza en el semblante, la sonrisa en los labios y el cariño en el pecho. Amo, señores, á la Argentina con hondo amor porque no en vano se viven veinticinco años en una tierra sin echar en ella raíces, no las raíces de los movibles y caducos bienes de este mundo, sino las raíces más hondas y profundas del afecto, que ni aun la muerte logra romper; y la amo porque del actual Jefe del Estado, cuyo españolismo puso de relieve en tristísima ocasión, hasta el ciudadano

más modesto entre los que viven la vida del pensamiento, todos, y en distintas formas, á gala tienen declararse descendientes de aquella España gigantesca, que, con la cruz en una mano y la espada en la otra, ensanchando iba el mundo y delineando á estocadas las fronteras de futuras nacionalidades.

Por azares del Destino, peregrino soy hoy en propia tierra; cansado ya, y con no pequeña suma de años, he de cruzar de nuevo los mares, ya que allá me espera hogar levantado á fuerza de trabajo y de constancia; brazos que aguardan mi regreso para estrecharme; corazones de amigos queridos que con ansiedad desean mi vuelta; y por cima de todo, el cumplimiento de mi deber: á la juventud argentina he consagrado los mejores años de mi vida, y á la juventud argentina me debo mientras no flaquee el cuerpo ni se enturbie mi mente. Soldado he sido, y aún soy, de última fila, de la brillante legión que lleva por mote en su estandarte: «Por la raza hispanoamericana». Sois muchos, valéis mucho, pesáis mucho. Que todo ello sirva para bien de España, para bien de la República Argentina y para bien, gloria y orgullo de la gran familia hispanoamericana.



En dicha sesión, doña Blanca de los Ríos puso á disposición del Sr. Deschamps numerosos datos demostrativos de la fecha precisa en que Tirso de Molina, fray Gabriel Téllez, residió en la isla de Santo Domingo, y rogó á aquel simpático hispanófilo que influya cerca de su Gobierno para que éste acuerde colocar una lápida conmemorativa en lugar apropiado de la capital de la República Dominicana. El Sr. Deschamps hizo promesa formal de cumplir gustosamente el encargo.



En el día 21 del mismo mes de Enero, el Sr. Moner y Sans volvió á favorecer con su visita el local del Centro

de Cultura, y entonces leyó unas cuartillas referentes al Sr. Sáenz Peña, ilustre hispanófilo, presidente de la República Argentina.

El Centro de Cultura dedicó frases de elogio á la meritisima labor del Sr. Sáenz Peña, y rogó al Sr. Moner que se dignara llevar en la Argentina la representación del Centro de Cultura para significar cerca de los Poderes públicos, de la Prensa y de los Centros similares cuáles son los trabajos que el Centro realiza «por la historia y por el porvenir de la raza».



A la reunión celebrada por el Centro de Cultura en el día 4 del corriente, asistió el notable ingeniero D. Isidro Rodríguez Zarracina, autor de la idea-proyecto de un ferrocarril de doble vía, directo, desde Valladolid á Vigo, el cual deberá contribuir al desarrollo de las relaciones no solamente de España y América, sino de todo el continente europeo con el americano, pues además se ampliará el puerto de Vigo.

De la importancia de dicha obra puede darse idea el lector con sólo tener en cuenta que costará, según los razonados cálculos hechos por el Sr. Rodríguez Zarracina, más de 326 millones de pesetas: 66, el puerto, y 260, el ferrocarril; y respecto de lo que para las relaciones europeoamericanas supone este proyecto, baste decir que, mediante su ejecución, tendrá efecto, seguramente, por dicha vía y el puerto de Vigo, la mayor parte de la corriente de viajeros que desde el centro de Europa vaya á los países transatlánticos, y alguna parte de la que desde América venga al centro de Europa, pues como el Sr. Palomo demostró con numerosos y elocuentes datos, el puerto europeo más cercano de las costas orientales de América es Cádiz.

El señor Presidente prometió al Sr. Rodríguez y Zarracina el concurso del Centro para la realización del proyecto de ferrocarril directo de Valladolid á Vigo.

## LA PIDA CONMEMORATIVA

El Centro de Cultura Hispanoamericana tuvo el honor de recibir el encargo de descubrir la lápida que en la Puerta del Sol, esquina izquierda de la calle de Carretas, se ha dedicado á recordar la muerte alevosa y criminal que tuvo D. José Canalejas y Méndez en el día 12 de Noviembre de 1912.

Una representación del Centro cumplió en el día 29 de Enero último la triste función que le había sido confiada. A esa Comisión del Centro se agregaron el Presidente y el Secretario de la Junta constituída para erigir un monumento á Canalejas, los testamentarios del ilustre muerto, el artista que había esculpido la lápida y algunas otras personas que quisieron asociarse á aquel acto de homenaje íntimo, silencioso y solemne dedicado á la memoria de D. José Canalejas.

La comunicación en que el Centro de Cultura había sido honrosamente encargado de descubrir la lápida conmemorativa estaba redactada en los términos siguientes:

«EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

A una feliz iniciativa de V. E., acogida con simpatía por el gran estadista D. José Canalejas, debió su fundación el Centro de Cultura Hispanoamericana, que V. E. tan dignamente preside.

Aquel eminente hombre público se asoció á todos los actos importantes de dicha entidad, tomando en más de una ocasión parte activa en ellos, y consagró su entusiasmo á la empresa generosa de fomentar las relaciones de España con las Repúblicas americanas de origen latino.

Por eso, á la vida de la expresada colectividad va unido el nombre de su primer presidente honorario. Y que el respeto, admiración y afecto que ésta sintió por él no se

ha extinguido ni borrado, lo demuestran los frecuentes y constantes actos que á su memoria consagra, y especialmente el piadoso recuerdo que todos los meses y en la hora que fué asesinado le dedica.

Teniendo en cuenta estas consideraciones, y en concepto de albaceas del inolvidable Canalejas, nos permitimos invitar á ese Centro de Cultura á que, como recuerdo imperecedero y noble estímulo para los hombres de gobierno fieles á su Patria y á su Rey, al mismo tiempo que como protesta de tan inicuo atentado, coloque é inaugure en la casa número 6 de la Puerta del Sol la lápida esculpida por el insigne artista D. Mariano Benlliure, y en la que se consigna la leyenda:

«En 12 de Noviembre de 1912 fué asesinado delante  
»de esta casa D. José Canalejas y Méndez, presidente del  
»Consejo de Ministros.»

Seguros de que esa importante entidad aceptará nuestra invitación, honrando así con un nuevo acto á aquel hombre cuyo recuerdo constantemente enaltece, y cuya pérdida todos los buenos españoles tanto hemos llorado, y seguiremos llorando, expresamos á la misma nuestra simpatía y gratitud.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, 2 de Enero de 1914.—*Valentín Gayarre*.—*Salvador Raventós*.

Excmo. Sr. D. Luis Palomo, presidente del Centro de Cultura Hispanoamericana.»

## POR LA PAZ DE MEJICO

El Centro de Cultura Hispanoamericana se había ocupado hace algún tiempo, repetidas veces, de la gravísima situación que atraviesa la República mejicana con motivo de la guerra civil que allí se sostiene.

Un distinguido miembro del mismo, mejicano, don

Benjamín Barrios, residente habitualmente en Londres, donde, así como en Madrid, ejerce con gran brillantez la abogacía, decidió hacer algo en favor de la pacificación de su patria, y, al efecto, vino á Madrid, y recabó la representación de la Unión Iberoamericana, entidad que tiene un carácter oficial é internacional al mismo tiempo.

Concedida esa representación, el Sr. Barrios recorrió gran parte de Europa, obteniendo el apoyo de varias sociedades pacifistas, entre ellas, la que suma la significación de casi todas las demás, como si dijéramos la central, que es la «Oficina Internacional de la Paz», de Berna, y también el de varias personalidades eminentes en la vida pública de diferentes naciones, entre ellas, algunas que, como La Fontaine y el barón D'Estournelles de Constant, tienen una brillante significación de pacifistas.

Como consecuencia de esas gestiones, y para dar cuenta de ellas, se celebró en los salones de la Unión Iberoamericana, de esta capital, el día 22 de Enero último, una reunión, á la que acudió lo más caracterizado y relevante de lo que en Madrid se destaca en tareas americanistas.

En dicha reunión se acordó enviar telegramas á los generales Huertas y Carranza, excitándoles á la paz en nombre de la Humanidad culta.

El cablegrama dirigido á aquellos señores por el Centro contenía estas sencillas palabras:

«El Centro de Cultura implora la paz.»

## HISTORIA

### DOCUMENTO INTERESANTE

Se trata de una carta escrita por Diego de Almagro y dirigida al Rey Carlos I en 1.º de Enero de 1535.

El manuscrito original de esa carta se conserva en Londres. Una copia de ella cuidadosamente hecha por el Sr. Gayangos se guarda en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, de la que se ha hecho la transcripción que seguidamente se inserta.

Como respuesta de esa carta, el rey Carlos concedió jurisdicción sobre nuevos territorios al aventurero Almagro, quien después de ser gobernador de Chile, fué ajusticiado en 1538 por orden de Pizarro; tres años después fué asesinado Pizarro por un hijo de Diego Almagro. Dice la carta:

**S. C. C. mag.<sup>t</sup>**

(SACRA CESÁREA CATÓLICA MAJESTAD):

De la cibdad de San Miguel escreui á v. m<sup>t</sup>. todo lo que me abia subcedido así en la conquista y población de la provincia de Quito como lo que passé con el adelantado don Pedro de Alvarado, al qual traxe conmigo hasta esta prouincia de Xauxa, donde estava el gouernador don Francisco Pizarro y le dimos sus cien mill castellanos y lo enbiamos en un navio nuestro á su gobernaçion porque así nos pareció que convenia á vro. real seruicio sienpre doy graçias á nuestro Señor por averse acabado este hecho tan en su seruicio y de v. m<sup>t</sup>. y ami hazerme tan dichoso que fuesse parte para estorvar tanto deseruicio como vi aparejado.

Después de poblados los dos pueblos de Quito como á v. m<sup>t</sup>. he escripto y dexado en ellos los españoles que convenian, traxe conmigo hasta ciento y cinquenta cavalleros y hidalgos con los quales reformé la cibdad de San Miguel y poblé por mandado del gouernador otra villa sesenta léguas della en la costa de la mar la qual se llamó Trusillo, goza de la sierra y de lo llano y en muy buena comarca, tiene todo lo que adetener y se rrequiere con sus puertos de mar: ay desta villa á esta prouincia de Xauxa otras sesenta leguas donde el gouernador a fundado otro pueblo que sera muy rrico por la buena comarca que alcança, por manera que toda la tierra se puebla al presente y se pone en todo el conçierto y manera que conviene para que permanezca y v. m<sup>t</sup>. della sea servida.

Ya v. m<sup>t</sup>. sabe como por mi parte le fué pedido y suplicado fuesse seruido de me hazer merced de la gouernacion de las tierras y prouinçias que están adelante de los límites de la gouernacion que v. m<sup>t</sup>. tiene dada al gouernador D. Franco Piçarro para que yo la gouernase en nombre de v. m<sup>t</sup>. y fué seruido mandar suspender la rrespuesta de lo que por mi parte se pidió açerca desto y de otras cosas diziendo que convenia al seruicio de v. m<sup>t</sup>. y a la poblacion y conquista desta tierra que yo ayudasse al gouernador don Franco Piçarro enella, y que hecha la conquista y enbiada la rrelacion de la tierra mandaria ver y proueer lo que pedía como mas conuiniesse á su real seruicio. Como parece por la carta que v. m<sup>t</sup>. fué seruido escrevirme de Medina del Campo á xv de noviembre de dxxxii años, y con deseo que siempre he tenido y tengo de seruir á v. m<sup>t</sup>. yo passe a esta tierra en cumplimiento del dicho mando y traxe la mas gente asi de pie como de cavallo que pude en socorro del gouernador y con él en ella he trabajado todo lo que he podido y measydo posyble hasta que sea puesto en tal estado, que, loores a nuestro señor está toda poblada y pacifica y en seruicio de v. m<sup>t</sup>. en lo qual ami seme an ofrecido muchos trabajos y gastos de mi hazienda porque syn estos no se pudiera

hazer como sea hecho: todo lo doy por bien empleado en ser en seruiçio de tan agradeçido y bien aventurado príncipe; y pues la tierra está en tales términos que no hay en que entender ni poblar más de lo poblado, de nuevo quiero començar a seruir a v. m<sup>t</sup>. y pasar adelante desta gouernaçión en demanda y descubrimiento de otras muy rricas y grandes tierras de que tengo notiçia, por satisfazer mi voluntad, que es acabar mis dias siruiendo a v. m<sup>t</sup>. tengo creydo que no será menor el seruiçio de adelante que asido que v. m<sup>t</sup>. a rrecebido desta tierra. Vmillingente suplico á v. m<sup>t</sup>. sea seruido de me dar en gouernaçion desde los limites desta que tiene el gouernador don Francisco Piçarro adelante con las tierras que yo descubriere, poblare y conquistare que espero en nuestro señor que serán otros nuevos rreynos y señorios y que en ventura de v. m<sup>t</sup>. el gouernador y yo hemos de descubrir el estrecho y espeçería por tener por la mar gran armada y por la tierra mucha gente y buena que lo ayudaran á hazer y sobre todo el mucho deseo y voluntad que de acreçentar vuestros reynos y señorios corona y patrymonio real siempre hemos tenido y tenemos y porque haziéndome v. m<sup>t</sup>. merçed desta gouernaçion se podran descubrir las dichas tierras que están adelante, lo qual seria dificultoso y no se podria hazer si v. m<sup>t</sup>. de otra cosa fuesse seruido. Ansi muysmo el gouernador e yo enbiamos á suplicar a v. m<sup>t</sup>. otras cosas que por nuestra parte á v. m<sup>t</sup>. seran pedidas muy umillingente, le suplico sean açebtadas, despachadas e faboreçidas... Acreçiente y prospere nuestro señor la vida y rreal estado de v. s. c. c. m<sup>t</sup>. con acrecentamiento de muchos más rreynos y señorios. Deste puerto de Pachacama, primero de Henero de d. xxx.v años. De v. s. c. c. mag<sup>t</sup>. muy vmill vasallo y criado que los muy reales pies y manos de v. m<sup>t</sup>. besa.— El mariscal Diego Dalmagro.—A la s. c. c. magestat el emperador rey don Carlos nro. sor.

## ISLAS ATLANTIDAS Ó ATLANTICAS

Puede haber algunos motivos para poner en duda la existencia de la Atlántida, en tiempos remotos, considerada como una inmensa porción de tierra firme extendida entre el Oeste de Africa, en el paralelo próximo al Trópico de Cáncer y las estribaciones de la península de Yucatán, en el Oriente de América; pero no hay ningún argumento fundamental contra la Atlántida, estimada como una especie de Polinesia ó reunión de numerosas islas existentes á mediados de la edad cuaternaria, hace unos millares de años, entre el Norte occidental de Africa y el Golfo de Méjico, y desaparecidas por hundimiento en la misma época en que se formaron los acantilados de las costas gallegas, se rompió el istmo de Heráclea, se abrió el estrecho de Hércules (Gibr-Al-Tarif, desde 707), se levantó el terreno de Córcega, Cerdeña y del mar del Sahara, y se abrieron numerosos volcanes en nuestro mundo, estrella escapada de la Vía Láctea y siempre en constante formación.

A esa multitud de islas atlánticas ó atlántidas, terminación muy del gusto griego (1), pertenecían, además de las desaparecidas, las actuales de los archipiélagos de Azores, de Canarias, Madera, Cabo Verde, las Antillas, las islas Bermudas y algunas otras inmediatas á las costas del Brasil.

Según las investigaciones hechas por varios norteamericanos (2) durante distintas expediciones realizadas en buques apropiados, el fondo del Océano Atlántico ofrece vestigios de un terremoto que desquició la Atlán-

---

(1) Atlántida, de *atlante*, de *altoo*, llevar; como argólida, de Argos; hespérida, de hespérides, de *esper*, la puesta del Sol, y helénidas, de helenos, de Heelios, el Sol y el Oriente.

(2) En 1860, Wollich y Mac-Clintock; en 1866-67, Agassiz y Pourtalis; en 1868, Wyville Thomson y Carpenter; en 1873, Nares y Thomson.

tida ó de un hundimiento en que desaparecieron sus islas. Desde el paralelo de 10°, en las múltiples desembocaduras del Orinoco (norte de Venezuela) hasta el Yucatán, en el Golfo de Méjico, hay numerosas islas que son restos de tierras sumergidas. Y según otras opiniones autorizadas (1), desde el Norte al Sur, al fondo del Atlántico forma una meseta de la que parte una cordillera con diversas ramificaciones, cuyos puntos culminantes son las islas Azores, las Canarias, las de Cabo Verde, Terranova, las Bermudas, la de Santo Tomás y la de Puerto Rico.

Resulta, pues, que por los vestigios existentes en las costas occidentales y orientales del Océano Atlántico y por la forma y estructura del fondo de dicho Océano, es indudable que entre Europa y Africa, por una parte, y América, por otra, pudo haber, y debió haber, un macizo de tierra firme que uniera las islas Azores ó las de Cabo Verde con la península de Yucatán, ó bien—según la teoría preferida por el autor de este artículo—numerosas islas que facilitarían las comunicaciones con las hoy subsistentes, que son siete habitadas y seis desiertas islas del archipiélago de Canarias, las diez de Cabo Verde, las nueve del archipiélago de Azores, y las 85 de las Grandes y Pequeñas Antillas. Es indudable que si no todas, la mayor parte de esas 117 islas que hoy existen próximas al Antiguo Continente, unas y otras cuasi á la vista de los habitantes del Nuevo Continente, del cual forman parte, son de origen volcánico; y tampoco puede nadie negar que muchos terrenos volcánicos han aparecido en la superficie de los mares y también han desaparecido en todos los períodos históricos: ¿quién será capaz de afirmar que las islas de Cabo Verde, ó de Canarias, ó de las Azores existirán dentro de diez siglos, ó que no podrán sumergirse de un día á otro?

En el archipiélago de las Azores han surgido y han desaparecido varias islas desde que en 1427 las visitó

---

(1) Thomson: *The Atlantique*. Londres, 1877; Hoffmeyer, Hamburgo, 1882.

Diego Sevilla, piloto al servicio del Rey de Portugal: en 1638 apareció, y poco tiempo después se hundió, una isla de diez kilómetros de largo; y en 1811 se formó un nuevo islote que en pocos días se alzó 200 metros sobre el nivel del mar.

La tradición referente á la existencia y hundimiento de la Atlántida procede de Egipto (1). Ciertamente, la tradición no puede ser considerada como fuente de conocimientos; pero da indicios de hechos y de recuerdos que tienen una base de verdad. Platón (2) dice que la Atlántida estaba situada más allá de las columnas de Hércules: en el mismo pueblo griego se conservaban también recuerdos confusos de guerras sostenidas con los atlantes en remotas épocas. Diversos autores han interpretado esos datos como favorables á la existencia de un continente desaparecido, del que las islas Azores pueden ser meros vestigios; otros han supuesto que se referían á la misma América; pero Gaffarell y D. Federico de Botella creen que ofrecen fundamento bastante, acompañados con los estudios del fondo del Océano Atlántico, para afirmar la existencia de la Atlántida en un período de tiempo indeterminado. (3)

En América hay también vagas y confusas tradiciones de pueblos llegados de Oriente en épocas remotísimas. Y es conocida la existencia de ruinas de grandes edificaciones levantadas, sin duda alguna, por hombres de una civilización muy anterior y muy superior á la de la raza que ocupaba aquellos territorios en la época del descubrimiento. Ese hecho está patente, más que en cualquiera

---

(1) Solón (650-559, antes de Jesucristo) llevó á Grecia la tradición egipcia según afirma Platón en *Critias ó La Atlántica*, tomada de antiguos documentos del pueblo de los faraones.

(2) En *Critias*, una de las mejores obras de Platón, escrita hacia el año 360, antes de Jesucristo.

(3) Gaffarell: *L'Atlantide*. Paris, 1880.—Berlioux: *Les Allantes*. Lyon, 1883.—Clarke: *Examination of the legende of Atlantis*. Londres, 1886.—Don Federico de Botella: *Pruebas geológicas de la existencia de la Atlántida*. Madrid, 1899.

otra región de América, en la península de Yucatán. (1)

No deja de ser interesante á este propósito la tradición que de sí mismos referían los aztecas ó mejicanos sojuzgados por Hernán Cortés. Decían que sus antepasados procedían de un país muy lejano, llamado «Aztlán» ó «Attlán», y que habían llegado á aquel territorio (Méjico) después de una peregrinación de 294 años. (2)

M. R. N.

## DESCUBRIMIENTO Y DENOMINACION DE LA ARGENTINA

En los primeros años del descubrimiento de América se sentía la necesidad de encontrar el estrecho americano que uniese las aguas del Atlántico con las del Pacífico.

No encontrándolo en el centro del Nuevo Continente, los exploradores dirigieron hacia el Sur sus descubrimientos. Es así como Solís llegó á conocer el Río de la Plata en los primeros años del siglo xvi, hasta que en 1515, siendo ya piloto mayor de España, salió de ella, al frente de una flota, para tomar posesión de aquellas regiones é implantar allá las ideas, sentimientos y costumbres españolas.

La expedición llegó con felicidad á su destino. Reconoció la isla de San Gabriel y la de Martín García, situadas en el mencionado río, al cual Solís llamó por su anchura y por el sabor de sus aguas, «Mar Dulce»; y al desembarcar en la orilla oriental, en las actuales playas uruguayas, para plantar la Cruz y tomar posesión en nombre de España, un exceso de confianza en los saludos y halagos falsos de los antropófagos guaraníes per-

(1) M. Payno: *Historia de México*. Méjico, 1902.

(2) El mismo autor.

dió al explorador y á varios de sus compañeros, que murieron acribillados, bajo una lluvia de flechas.

La flotilla que contempló el sacrificio, cerca de la orilla, hizo fuego sobre los indios; pero todo fué inútil. Los sobrevivientes determinaron regresar á España con la noticia; pero en el camino, en las costas brasileñas, naufragó una carabela en la isla de Santa Catalina, dejando también allí unos cuantos náufragos.

Uno de éstos llegó á hacerse célebre por sus hazañas y por haber dado el motivo para dar el nombre actual á la Argentina. Se llamaba Alejo García.

Entabló amistades con los guaraníes de Santa Catalina, quienes le informaron que al occidente de aquella región había un país muy rico, donde abundaba la plata. Ese país era el Perú.

Allá se encaminó García con algunos de sus compañeros de naufragio y unos 2.000 indios, en actitud de conquista, hasta que los indios del alto Perú los rechazaron, regresando, sin embargo, á Santa Catalina con algunas arrobas de plata que sirvieron de cebo y estímulo á los navegantes españoles que tocaban en aquellas costas brasileñas.

En efecto: éstos creyeron que por el cercano río, descubrió por Solís, se llegaría al Perú, á la región de la plata; y por esta creencia, el navegante Gaboto denominó después aquel río con el nombre sonoro y brillante de Río de la Plata.

Pero antes de Gaboto y á los pocos años del sacrificio de Solís, salió de España otra expedición bajo el mando de Magallanes y en busca del soñado estrecho americano.

Llegó la flota al mar Dulce, al cual llamó Magallanes río de Solís, en homenaje á su descubridor. Un marinero portugués vió en la costa un pequeño monte, un cerro, exclamando en su lengua: «Monte vide eu», palabras que sirvieron de nombre á la pintoresca ciudad que se extiende alrededor de preciosa habia, á los pies

de aquel cerro. Esta ciudad, según lo habrá adivinado el lector, es Montevideo, perla americana.

Los expedicionarios se internaron en el río y lo reconocieron en todas direcciones, tomando, como base de operaciones, la isla mencionada de San Gabriel. Convenciéronse, por la dirección de las aguas, de que no existía por allí la deseada salida al mar Pacífico, y determinaron pasar el invierno austral de 1520 en las costas de Patagonia, en el golfo de San Julián, donde, con motivo de una sublevación, Magallanes mandó degollar á uno de sus capitanes y ordenó abandonar á un clérigo en la desierta costa.

Hacia el mes de Noviembre de aquel año, Magallanes consiguió descubrir y cruzar el estrecho que inmortaliza su nombre; y, previa junta de capitanes, resolvió dirigirse por las aguas del Pacífico hacia el Noroeste, á pesar de no tener víveres y de verse todos obligados á soportar terribles hambres, comiendo únicamente las ratas de á bordo, el serrín de la madera, el cuero envolvente de los aparejos, y bebiendo asimismo aguas corrompidas.

Debilitados, fatigados y martirizados, llegaron á descubrir las islas Filipinas.

Al bajar Magallanes con algunos compañeros en el islote Mactán, cerca de Cebú, para hacer alianza con los indios, que les demostraban engañosa hospitalidad, cayó el ilustre marino, como Solís en el Plata, bajo una lluvia de traidoras flechas.

Entonces, Sebastián Elcano, segundo de la flota, restauró la única nave que se conservaba sana de las cinco que partieron de España. Con aquella nave, llamada «Victoria», y con 17 tripulantes sobrevivientes de los 265 que formaron la expedición, tomó rumbo al Sudoeste, hacia el Cabo de Buena Esperanza; y costeano el Africa occidental, consiguió volver á España, después de tres años de ausencia, realizando el ideal de Colón y Magallanes: dar por vez primera la vuelta al mundo.

Habían salido de España cinco naves, y regresaba una sola; habían partido 260 hombres animosos, enérgicos, valientes, y sólo regresaban 17, y éstos, hambrientos, extenuados, desfallecidos...

¡Qué heroísmo! ¡Qué manantial de enseñanzas! ¡Qué escuela de energías físicas y morales la de nuestros intrépidos abuelos del siglo XVI!

Estudiemos sus lecciones con atención, y apliquémoslas, en lo posible, á nuestro siglo XX.

Después de la expedición de Solís, después de la de Magallanes y Elcano, partió la expedición de Gaboto, veneciano al servicio de España. El primero llamó Mar Dulce al río por él descubierto; Magallanes lo llamó río de Solís, para honrar al descubridor; y, finalmente, Gaboto lo llamó Río de la Plata, por creer que conducía á la tierra de la plata, al Perú.

Partió este ilustre marino, piloto mayor de España, en 1526, al frente de cuatro naves. Su destino era seguir la ruta de Magallanes y llegar á Filipinas; pero sea porque al llegar al Brasil se le sublevó parte de la tripulación, sea porque la vegetación exuberante de aquellos países lo sedujo, sea porque se maravilló al contemplar en la isla de Santa Catalina la plata procedente del Perú que allí llevó el citadño Alejo García, lo cierto es que Gaboto renunció á seguir adelante con sus naves y se internó en las aguas del Plata, denominado por él definitivamente, como antes lo habían hecho, en forma provisional, Solís y Magallanes, con otros nombres.

Exploró los ríos Uruguay, Paraná, Paraguay y Pilcomayo, hermosos fertilizantes de aquellas fecundas tierras; fundó en las orillas del Paraná dos fuertes, el de Sancti Spiritus y el de San Salvador; encontró á Francisco del Puerto, un sobreviviente de la derrota de Solís, que mucho le ayudó; sufrió ataques de indios, que le destruyeron el mencionado primer fuerte; tuvo disgustos con el explorador Diego García, que le aventajaba en mejores derechos á explorar aquellas tierras, y que le re-

cordó en ellas su carácter de intruso y su deber de ir á Filipinas; esperó unos años, en las orillas del Paraná, refuerzos de España para seguir la conquista del país de la plata; dejó de esperar los refuerzos solicitados, y regresó, por fin, á España, sin descubrir el soñado metal, pero dejando en aquel río un nombre mágico, brillante y sonoro, cuyos fulgores y timbres dan fama á aquellas regiones, repercuten y se extienden hasta Europa, Asia y Africa, atrayendo á la Humanidad, que, con sus sudores y fatigas, cultiva aquellas regiones, las extrae sus productos, y recibe, en cambio, de Europa grandes cantidades de oro.

Mucho le debe la Argentina al veneciano navegante Gaboto. Le debe su nombre; le debe su fama fantástica pasada; le debe, en parte, su actual prosperidad.

En cuanto á Solís... es el padre del Río de la Plata. Su descubrimiento le costó la vida, como ya hemos dicho. Una calle de Buenos Aires bastante céntrica perpetúa su nombre glorioso.

¡Loor á Solís y á Gaboto!

R. ORBEA,

Abogado hispanoamericano.

*Madrid, Febrero de 1914.*

## POLITICA

### LA DOCTRINA DE MONROE

La actitud de los Estados Unidos norteamericanos en cuanto concierne á Méjico, á Panamá, á Colombia, al Ecuador y al Perú, naciones en las que los Estados Unidos están influyendo ahora mismo con arreglo á los intereses norteamericanos; las declaraciones del presidente Wilson, constituídas por palabras, palabras y palabras bellas, y un libro recientemente publicado en Berlín con el título *Die Monroedoktrin* por el profesor F. Herbert Kraus, motivan nuevamente el estudio de la famosa teoría expuesta por Santiago Monroe en su mensaje presidencial de 2 de Diciembre de 1823.

La doctrina de Monroe tenía dos objetos: impedir en América la colonización de naciones no americanas y alejar toda intervención de los Estados europeos en los asuntos de las Repúblicas de América; pero esas dos aspiraciones implicaban una obligación por parte de los Estados Unidos: la de no mezclarse para nada en la política europea en tanto que ésta no se relacionara directamente con los pueblos americanos.

Pero los Estados Unidos no han cumplido esa condición: el profesor Kraus recuerda que en 1849 el presidente Taylor trató con los insurrectos húngaros para conseguir la independencia de Hungría; que en 1868 los diplomáticos norteamericanos intervinieron en favor de los insurrectos cretenses, y que en todo tiempo, al promover la independencia de las colonias europeas, los Estados Unidos faltaron á los términos en que Monroe formuló su doctrina. Y no es necesario citar el modo y los procedimientos con que aquella nación se hizo dueña en 1898 de las islas Filipinas.

La expansión imperialista de los Estados Unidos ha quitado razón de ser á la doctrina de Monroe, y lo que pudo ser en la primera mitad del siglo XIX un principio de defensa, se ha convertido en un propósito de agresión y de amenaza con-

tra todas las naciones que de alguna manera contraríen el monopolio de los Estados Unidos en toda América.

Las últimas resoluciones del Gobierno de los Estados Unidos—libertad del comercio de armas en Méjico, declaración de privilegio de la bandera de los Estados Unidos en el paso del Canal de Panamá, compra á Colombia del derecho de disponer del litoral de aquella República, trabajos para apoyar las insurrecciones ocurridas en Perú, Bolivia y Ecuador—demuestran claramente las tendencias de los Estados Unidos, no en favor de la teoría de Monroe, sino de su predominio universal.

## UNIFICACIÓN DE LA RAZA POR LA CIENCIA

La comunidad en los grandes ideales constituye la más elevada espiritualidad de las agrupaciones humanas.

La Ciencia es elemento primordial de unificación entre los que la profesan con desinterés; y es fundamento de unidad de aspiraciones entre los que la cultivan juntos.

*Alma máter*, es decir, madre vivificadora ha sido llamada la Universidad, porque da vigor físico y elevada espiritualidad á las generaciones que se forman bajo su influjo y dirección.

El Centro de Cultura Hispanoamericana ha considerado siempre como el principal objeto de sus afanes la creación de una magna Universidad, formada de aulas, sitios de recreo y esparcimiento, gimnasios, teatros, talleres, en donde los hispanoamericanos y los españoles cultiven juntos las ciencias, las artes, las industrias y todas las manifestaciones de la actividad, de la inteligencia y del sentimiento.

El mismo objeto tiene la iniciativa expuesta por D. Fernando Lozano en una «carta abierta» publicada en *El Liberal* de Madrid y dirigida al eximio presidente honorario del Centro de Cultura, D. Rafael María de Labra: y, por tanto, no es necesario decir que dicha iniciativa tiene todo el cariño y merece toda la adhesión del Centro de Cultura.

En la «carta abierta» de D. Fernando Lozano hay algunos

párrafos que indispensablemente hay que copiar aquí. Son los siguientes:

«Se fundaría aquí una Universidad de Ciencia experimental que abrazase todos los grados de la enseñanza, desde la primaria hasta los más altos estudios de experimentación.

El lugar de su emplazamiento sería El Pardo, y, aparte del Cuerpo central, costeadado por la nación española, cada nación americana, como las Filipinas, levantaría su pabellón especial destinado á sus laboratorios, museos y exhibición de sus productos.

El Pardo se sembraría además de hotelitos para servir de habitación á los profesores que se dedicasen á la instrucción y educación privada de los alumnos pensionistas enviados de allá y de las provincias de España.

Tiene El Pardo condiciones insuperables para el objeto, y está reconocido como un sanatorio donde van cada día más enfermos á curarse respirando sus aires puros. Además, está á la subida del gran sanatorio madrileño, que es el Guadarrama, del cual acaba de decir un sabio doctor vasco desde Suiza, donde viene estudiando los más renombrados sanatorios, que reúne condiciones más favorables que los mejores sanatorios suizos. En comunicación la colonia universitaria con los puntos culminantes de la Sierra por medio de ferrocarriles y tranvías, los estudiantes vivirían en un foco espléndido de salud y gozarían de los magníficos panoramas de la Sierra, uno de cuyos picos, «Peñalara», se eleva más de 500 metros sobre el célebre Rigi, de Suiza. Añádase que Peñalara tiene á sus pies, con el precioso valle del Lozoya, el monasterio del Paular, primoroso ejemplar de arquitectura gótica, y por la otra vertiente, el opulento San Ildefonso, como también Segovia, una de nuestras ciudades arqueológicas, para comprender que El Pardo no sólo puede ser centro de ciencia experimental naturalista, sino que también histórica, con atractivos irresistibles para los alumnos, que encontrarían en sus excursiones recreo para los ojos y aire, el más puro, para sus pulmones.

No hay que decir que las cátedras de la Universidad de El Pardo estarían á disposición de todas las lumbreras de sa-

ber positivo que haya en los países americanos, puesto que la Universidad sería tan de ellos como nuestra.

Lo que sí hay que decir es que no habría hombre de ciencia y de valor mental en el mundo, no habría ilustración de las cátedras de países extranjeros que no viniera aquí á prestar el tributo de su saber científico, artístico, industrial, de cualquier orden que fuere, aunque hubiera que sembrar su camino de flores y ofrecerle para sentarse un trono de oro. Para gustar la miel de todas las abejas del pensamiento universal, la juventud americana no tendría así que visitar otros países: le bastaría venir á España.

¿Dinero?

¡Somos ricos por nuestra casa! ¿Dónde hay mayores riquezas que las que vienen extrayéndose, desde hace cuatro siglos, de las entrañas del continente americano? Y los tesoros del Potosí, que trastornaron la vida mercantil y, á la larga, la vida política y total de Europa, son una menudencia al lado de las riquezas que comienza á producir el cultivo de los campos en aquella naturaleza virgen, dotada de una fecundidad prodigiosa. Es allí donde ha surgido el gigante americano del Norte, donde los multimillonarios se cuentan por centenares, y donde comienza á levantarse el gigante americano del Sur, cuyas proporciones de coloso crecen de momento en momento. Las primeras migajas que nos llegan del sobrante de riquezas de ella, enviado por los españoles que emigran, asciende ya á 200 millones de pesetas anuales.

Cuando lo ha querido, la Argentina ha levantado para su Universidad, no un edificio ni una serie de edificios, sino una ciudad entera poblada de palacios: que tal es la Universidad de la Plata. ¿No podremos entre todos hacer de El Pardo algo así, una ciudad escolar, cuyas proporciones atraigan las miradas y la admiración de Europa?

De usted depende todo, querido D. Rafael. Usted manda: usted es el amo.

Pida al Real Patrimonio que ceda El Pardo para colonia escolar, y el Rey, que marcha en esas condiciones, lo concederá, ordenando que aquellas tierras, aplicadas hoy á la cría de gamos, se apliquen á la cría de cachorros del león español nacidos en América.

Luego, reúna á su mesa á los ministros de las Repúblicas americanas y al ministro de Estado, y dígalos: «Hágase la Universidad», y la Universidad se hará.

Si hubiera dificultades financieras, visite al ministro de Hacienda, y dígame que si da millones para conquistar algunos palmos de tierra infértil en Marruecos á costa de ríos de sangre, más justo es que dé cuantos millones se necesiten para conquistar el alma de la raza, que nos ofrecerá, sin que tengamos que derramar una sola gota de sangre, verjeles de fertilidad prodigiosa y montañas de riqueza.

Todo esto hágalo pronto, sin demora; no esperando el «mañana» español, sino realizándolo en el «hoy» americano, que hace caer bajo la piqueta en una noche manzanas de casas y surgir en un año ciudades nuevas.

En el suelo de El Pardo, sobre que se levanta la montaña granítica del Guadarrama, levantemos una montaña, de americanismo primero, de humanismo después, sobre el granito de la ciencia experimental, ya que ese granito será el cimiento de una Humanidad nueva, sin fronteras, sin ejércitos permanentes, limpia de los miserables celos de patria y raza; porque, ya no se puede dudar: la Ciencia, en cuyas verdades comulgan los hombres de todas las religiones y todos los climas; es la gran reconciliadora, la gran pacificadora.

¡Qué espectáculo más confortante para los trabajadores de todos los países, sedientos de paz, ver á la juventud de veinte naciones labrando afanosa en El Pardo los sillares sobre que ha de descansar el edificio de la paz del mundo!

Un egregio americano lo ha dicho: «Ese es el ideal. España, rodeada de veinte naciones que tienen alma castellana y lengua española, entregando á la Humanidad el patrimonio de sus derechos y libertades, entregándole la vasta herencia americana, de una América sin fronteras, sin divisiones políticas, pero admirablemente unida por el vínculo de la lengua, el verbo de la fraternidad.»

Hágalo, hágalo sin tardar, excelso patricio, americanista inmortal, y pondrá con ello el mejor joyel á su corona de gloria.

FERNANDO LOZANO.»

## LA LENGUA HISPANOAMERICANA

Es tesoro formado por los siglos; es arca santa de tradiciones, de recuerdos, de luchas, de ideales y aspiraciones; es síntesis de espiritualidad, suma de energías, producto del tiempo y del espacio; es riqueza que nos pertenece por igual á todos los españoles y á todos los pueblos de origen español.

No hay necesidad de recomendar su conservación á esos pueblos: todos están igualmente interesados en dedicarle fervoroso culto por amor á su remoto abolengo, por honra á su elevada alcurnia, por respeto á su ilustre ascendencia.

Todos los pueblos del mundo han perdido varias veces su historia, sus tradiciones, su lengua, la sucesión y la herencia de sus aborígenes; todos, menos el pueblo español, descendiente legítimo y directo de los iberos y de los celtíberos, cuya lengua, que es la misma hablada hoy, aunque con las naturales modificaciones y reformas exigidas por el tiempo, ya tenía su gramática propia, según el testimonio de Estrabón, una antigüedad de ocho siglos cuando se fundó la urbe de Roma. ¿Qué otro idioma culto hay que tenga tan ilustre y tan rancio abolengo?

Sí la lengua española estuviera compuesta de formas inflexibles, como la lituana, la zenda, la sánscrita, las semíticas, la irania, la griega y la latina, no adaptables á la expresión sintética de nuestros tiempos, se comprende bien que pudiera caer en decadencia, como es muy justo y natural que ocurra á la lengua inglesa en el momento en que la influencia política deje de apoyarla; pero, realmente, resulta que, merced á su origen iberocéltico y á sus elementos formativos griego, latino, germánico y semítico, goza de una facilidad de adaptación y de acomodamiento que le asegura larga y próspera vida: los americanismos en nada la deslucen, y, en cambio, la hermosean, la enriquecen y le dan matices fonéticos de finura y elegancia. ¿Qué otra lengua culta puede servir mejor que la española para recoger, condensar y extender la gravedad científica, la precisión filosófica, las armonías líricas y, al mismo tiempo, el

tecnicismo industrial, la proclama guerrera, la plegaria dolorida y el amoroso idilio?

Pero, por su misma flexibilidad y adaptabilidad, tiene adversarios numerosos. Esos mismos individuos que en discursos y en libros no quieren hablar de la América española, sino de la América latina, y rehuyen citar el descubrimiento que hizo España en 1492, para mencionar solamente el descubrimiento de Colón, y fingen olvidar la inmensa labor de colonización y de codificación hecha por España durante los siglos XVI y XVII, pero hacen resaltar como imputables á España errores de los tiempos y de las circunstancias, esos mismos individuos son los que en cuantas ocasiones pueden ofenden á los hispanoamericanos y á los españoles, ya introduciendo en el idioma de éstos unos estupendos barbarismos que gentes inexpertas é indoctas adoptan sin examen, ya traduciendo obras extranjeras en un glosario híbrido que llaman castellano, ya anunciando todos los días la admisión del francés ó del inglés como lengua oficial en una de las Repúblicas hispanoamericanas ó la exclusión de la lengua española de algún certamen internacional.

Debemos estar prevenidos: contra las tendencias absorbentes de los que desean supeditar la historia, la lengua y el carácter de los pueblos á los exclusivismos políticos, los españoles y los descendientes de españoles debemos oponer nuestro propósito decidido de conservar el tesoro de tradiciones, recuerdos, glorias y luchas seculares que representa nuestra lengua, verdadero y único Santo Grial de la raza hispanoamericana.

M. R. N.

## ASUNTOS DE PUERTO RICO

«El Pueblo de Puerto Rico» como oficialmente se denomina la pequeña antilla desde poco después de la conclusión del tristemente famoso Tratado de París, hállase en una situación equívoca con respecto á su condición de Estado soberano.

Aparece, ó quiere aparecer, por una parte, como una nación independiente, y, por otra, resulta un pueblo con todos los inconvenientes, vejaciones y molestias de los que tienen la desgracia de verse sujetos al yugo del conquistador, pero de un conquistador al que, á más de su condición de tal, separan, con relación al alma del pueblo dominado, las irreductibles diferencias de raza, idioma, religión, historia y demás condiciones que constituyen los rasgos más característicos de las colectividades humanas.

Decimos que Puerto Rico aparece como un Estado soberano porque tiene Parlamento, representantes en el Extranjero—los cónsules norteamericanos—, aunque en realidad no defienden ni amparan en nada á los isleños, y en el mismo Washington, un delegado llamado «Resident Commissioner», título aparente de un representante extranjero que no es miembro del Congreso por disposición de la Ley, aunque tiene asiento en la Cámara de Representantes por una regla de la misma Cámara, etc., etc.

Además, los derechos que se perciben en las aduanas puertorriqueñas no van al Tesoro federal yanqui, sino que ingresan en el de la isla; la justicia penal, función inherente á la soberanía, se administra en nombre y por la autoridad de «El Pueblo de Puerto Rico», y algunas otras cosas por el estilo.

Cualquiera que se fije en eso, pero sin atender más que á la superficie, y vea que los Estados Unidos de la América del Norte no se han anexionado oficialmente á Puerto Rico, con lo cual sus ciudadanos adquirirían carta de naturaleza en aquel país y llevarían á él su correspondiente representación parlamentaria, dirá: «Los yanquis, libertadores y magnánimos, han creado una nacionalidad más, libre é independiente.»

Sobre que hasta ahora—cabría responder—los norteamericanos no han hecho eso en ninguna parte, puesto que ni Panamá tiene verdadera independencia, véase cómo se explica D. Manuel Rodríguez Serra, de Puerto Rico, á propósito de algunas palabras pronunciadas por Mr. Yager, actual gobernador de la isla, al tomar posesión de su cargo.

El nuevo pretor norteamericano, hombre listo y hábil, si los hay, á juzgar por el discurso de referencia, que tenemos á

la vista, uno de esos hombres sirenas al estilo de Eliseo Root que los Estados Unidos envían á la América hispana, bien como propagandistas, ya como gobernantes, dijo:

«—Nunca debemos olvidar en todas nuestras discusiones sobre la libertad la distinción entre la *verdadera* libertad y la libertad *aparente*.»

Pero esas palabras, en realidad, han sido una torpeza, porque el Sr. Rodríguez Serra las pulveriza con estos párrafos, que, entre otros muchos, ponen de relieve el verdadero estado de Puerto Rico, y que es necesario se divulguen por Europa y América, especialmente, para que con referencia á los pretendidos altruísmos libertadores de los Estados Unidos queden las cosas en su verdadero lugar:

«—Aquí—dice—somos libres para gritar: ¡Viva la independencia! Es cierto. Pero no lo somos para comprar los artículos que debemos consumir en el mercado que nos convenga. Estamos obligados por una tiranía económica, la peor de todas, á pagar á vuestros comerciantes, á mayor precio que en otro mercado, los treinta ó cuarenta millones de dollars que tales artículos nos cuestan.

»Estamos obligados á producir solamente aquellos artículos que son protegidos por vuestros aranceles, en cuya legislación no intervenimos, y se nos priva del derecho natural de producir aquellos que más nos aprovechen y convengan.

»Libertad aparente es la que impera en una tierra en que su Poder Legislativo está intervenido por el Ejecutivo en forma tal, que resultan inútiles las iniciativas de la Cámara popular cuando no placen al Ejecutivo. Y en donde seis hombres, desconocedores del idioma, historia, costumbres y de todo lo que es esencial en la vida de un pueblo respecto del cual son extranjeros, imponen su omnímoda voluntad en asuntos legislativos, y pueden, aun en el momento de desembarcar con su «carpet bag», decidir con su voto inconsciente cuestiones transcendentales para el pobre país que sufre tal régimen, y que sufre resignado la vergüenza de ver que entre esos dominadores que así disponen de su suerte, los ha habido que, en el momento de votar, sufrían los síntomas del «delirium tremens».

»Libertad fingida es la que permite que en esta tierra un funcionario llamado Auditor de Puerto Rico sea el único juez que decida en definitiva si las cuentas públicas están ó no correctas; y en donde la Cámara popular, cuando ha tenido sospechas de irregularidades, ha pretendido en vano investigar la inversión del dinero que votara para servicios importantes, negándosele el derecho de averiguar por sí misma cómo se han manejado los [fondos públicos del pueblo.

»Libertad aparente es la que permite que las franquicias y privilegios para servicios públicos sean otorgados en este país por un Consejo ejecutivo, cuyos miembros los nombra el Presidente de los Estados Unidos sin consultar la voluntad del país, y el cual Consejo actúa de acuerdo con un Comité de franquicias, formado en su mayoría por americanos que desconocen nuestras necesidades y que no las conocerían aunque vivieran entre nosotros diez ó más años, porque ni siquiera se han tomado el trabajo, en su mayoría, de estudiar nuestro idioma.

»Libertad aparente es aquella por la cual se impone á una tierra, en la que existen instituciones jurídicas seculares y una jurisprudencia definida claramente en el transcurso de siglos, una Corte federal que durante quince años, en numerosos casos, ha prescindido y se ha desentendido de las leyes del país, y ha tratado de que prevalezca aquí el sistema de Ley común vigente en algunos de los Estados, pero jamás adoptado para Puerto Rico, y en la cual Corte se han visto obligados los abogados portorriqueños á defender á sus clientes en un idioma extraño para evitar el monopolio que de la práctica forense crearon ó pretendieron crear unos cuantos mal llamados abogados americanos.»

Por todo eso, y por otras muchas cosas, cual la de obligar á maestros portorriqueños que no saben inglés á enseñar en este idioma á los de la isla, la facultad de los fiscales para perseguir ó no criminalmente y arrestar ciudadanos é imponerles fianzas excesivas, se colige que la infeliz antilla que formaba parte integrante de España, y á cuyo Parlamento enviaba sus representantes y de cuyos ciudadanos eran hermanos iguales los de Puerto Rico, es hoy una «merienda de yanquis». ¡Y

después de esto, con un fariseísmo vergonzoso y cínico, Mr. Yager se atreve á hablar de libertad!

No de libertad, sino de libertinaje político y administrativo, pero aplicándoselo al imperialismo que ejerce su patria, es de lo que razonablemente debiera hablar Mr. Yager.

Por eso, y porque no basta hablar ni escribir sobre el concepto de libertad, sino sentirlo verdaderamente y hacerlo vivir, preguntamos: ¿Qué hará Wilson con Puerto Rico? ¿Escuchará las justísimas lamentaciones y protestas que de todos los rincones de la isla se levantan contra el actual estado de cosas?

Tenemos la casi completa seguridad de que no hará nada, pues aun en el supuesto de que el Presidente de la República norteamericana sea un hombre de buena voluntad, en vez de un teorizante más ó menos fantaseador é ineficaz, el espíritu imperialista que alienta en los principales elementos directores de la vida pública de su patria, no ahora ni desde hace diez y ocho años, como dicen algunos, sino casi desde que como nación se constituyó esa parte de América, le impedirá tomar ninguna disposición encaminada á establecer la independencia de Puerto Rico, como sería justo.

ROBERTO DE GALAÍN.

## DE HOY Y DE MAÑANA

Henry George, en sus numerosas obras destinadas al estudio de los problemas sociales, dice: «Nunca, desde que las grandes fortunas devoraban el corazón de Roma, ha conocido el mundo tan enormes capitales como ahora surgen; pero tampoco ha habido nunca más extremados proletarios.»

En los mismos periódicos americanos, donde se leen descripciones de suntuosos bailes en que se lucen alhajas de brillantes que representan una colosal fortuna y se pisan millares de rosas que costaron á dos duros cada una, y se prodigan botellas de preciosos vinos de alto precio, se da cuenta de que algunas personas, por carecer de domicilio y de toda clase de

recursos, habían sido maltratadas y arrastradas á una prisión para sufrir una condena de varios meses.

Y en cartas, libros y periódicos que tratan de asuntos de América se habla de la desenfrenada pasión por las riquezas, y aún se afirma que la compra-venta de terrenos es un negocio bastante productivo para crear cuantiosas riquezas en pocos años.

Al mismo tiempo se sabe que, en algunas comarcas, personas recientemente llegadas han podido disponer de muchas hectáreas de terrenos, han contratado en Europa algunos centenares de hombres, los cuales han hecho producir á aquellos terrenos enormes cantidades de cereales que en Europa se han vendido en millones de pesetas... Y luego, muchos millares de hombres sin recursos, sin trabajo, sin amparo, convierten sus ojos á la tierra donde quedó el viejo hogar y piden la repatriación como favor supremo.

Estos hechos y otros muchos de naturaleza parecida, hacen pensar que en América se está preparando un gravísimo conflicto social, de peores caracteres que todos los que han agitado y conturban á las naciones europeas.

No vale censurar acremente las instituciones que España tuvo que crear y leyes que estableció en América durante los siglos XVI y XVII, tales como las encomiendas, las mitas y los repartimientos, para venir en el siglo XX, cuando tenemos otros conceptos muy superiores del derecho, de la economía y de la dignidad humana, para venir á emplear procedimientos de represión y de contratos de trabajo, mucho más injustos y más duros que los usados en aquellos siglos de obscurantismo y de violencias, no por España, sino por las circunstancias en que España se halló.

Pero, aparte esas consideraciones, resulta evidente que en América se predicán elevados ideales de justicia y de equidad, pero se practican principios económicos respecto á la propiedad del suelo, á los jornales, á las horas de jornada, al trabajo de las mujeres y de los niños, á la *desproporcionalidad* de los beneficios, al derecho al descanso y á la instrucción, principios que están ya desacreditados por la ciencia del Derecho, por la Filosofía y por la Pedagogía.

Y el articulista, que no se ha propuesto señalar ni determi-

nar porque ama á todas las naciones americanas y para ninguna quiere el menor daño, se limita á copiar las siguientes palabras de Henry George:

«Allí donde sin cesar se invoca la igualdad y la fraternidad humanas se hacen menos soportables las enormes desigualdades sociales. El deseo crece con lo mismo de que se alimenta. Nos resignamos á aquello que no creemos poder mejorar; pero cuando nos cercioramos de que hay mejora posible, nos volvemos indóciles y obstinados. Todo tiende á excitar una percepción, cada vez más aguda, de la gran injusticia de las ilegalidades de privilegio y fortuna existentes», porque todo el mundo sabe hoy «que esas inmensas riquezas han tenido por base la explotación y el engaño».

*M. R. N.*

## LITERATURA

### RUBEN DARÍO

Días pasados me impuse la tarea de ordenar mi mesa de trabajo, y en un cajón repleto de papeles diversos, cartas de familia, de amigos, tarjetas de visita, y de algún que otro pliego de papel rosado, lleno de letra menuda de mujer, evocador de un amor que floreció un día para marchitarse con el primer soplo de la desilusión, me hallé con las notas de una conferencia que, por encargo de la Universidad libre, dí en un Círculo republicano de Madrid en el año de 1910 acerca del gran poeta americano Rubén Darío.

Como se trataba de un trabajo que hasta hoy tiene sabor de actualidad, exhumé las notas, las aderecé lo mejor que pude, y ya pulidas y ataviadas como muchachitas en día de fiesta, hoy las confío á la imprenta, acogéndome á las páginas hospitalarias de la Revista CULTURA HISPANOAMERICANA, con el galante permiso de su Director ilustre, D. Luis Palomo.

No me propongo hacer crítica literaria. Soy un lector que ha gozado con los versos de Rubén y que traslada al papel el resultado de sus impresiones. Serán, pues, estas líneas como una lectura anotada. Recíbalas el poeta como una ofrenda á su obra.

Y antes de entrar en materia, permítame dar un bosquejo del país natal de Rubén y del desenvolvimiento del artista durante su niñez y su adolescencia.

En la pequeña República de Nicaragua, situada en la América Central, nació Rubén Darío. El ardiente sol de aquel país tropical exaltó la imaginación del niño, y puso en su corazón palpitaciones de coloso, y en su alma los resplandores del genio.

Aquellos enmarañados bosques, donde crecen con ímpetu salvaje las grandes y altas ceibas, las esbeltas palmeras de cabelleras verdes relampagueantes al sol, los eucaliptus, las acacias y los platanales, surgiendo todo de la tierra fértil, cálida y rebosante de vida; aquellos paisajes de luces claras, envueltos en las caricias del templado ambiente, en los cuales vive la flora más pintoresca de la Naturaleza; aquellos paisajes donde anidan todos los pájaros cantores, el colibrí, el ruiseñor y el filicotoy, fueron cuadros de color donde la mirada del niño se extasiaba, creando un alma de artista compleja, dúctil, pronta á todas las rebeldías y á todas las innovaciones.

Rubén Darío, desde niño, se atiborró de lecturas; leyó á los clásicos, gozó con las poesías bucólicas de Virgilio, tendido en el suelo y mirando al azul cuando una imagen feliz de ese gran cantor de la Naturaleza le hacía cerrar el libro un momento para abandonarse á la emoción interna. El Arte era sagrado para él: leía con recogimiento; con unción religiosa. Los poetas líricos de la civilización helénica del siglo VI y VII, Atico, Safo, Anacreonte de Theos, Simonides de Cos y Píndaro el Divino, de quien cuenta la Historia que algunos de sus versos se mandaron imprimir en letras de oro, pasaron ante sus ojos soñadores y dejaron en su espíritu la esencia de un arte de forma perfecta. Homero, el sublime ciego, y los poetas del Imperio romano de Octavio Augusto, Horacio, Tibulo, Propercio y Ovidio, perfeccionaron su gusto literario, de estirpe aristocrática. Sobre esta base sólida de cultura fué acumulando lecturas más modernas, y dueño ya de un copioso léxico y depurado en el crisol de lo selecto, conociendo la Mitología profundamente, tuvo á su vista, como en un lienzo de proporciones gigantescas, el panorama de la antigüedad. Rubén Darío pulsó entonces las cuerdas sonoras de su grandiosa lira y empezó á cantar.

«En su primera época (dice mi buen amigo el nota-

ble crítico Andrés González Blanco en el concienzudo estudio preliminar á las obras escogidas de Rubén Darío) comenzó por ser un ferviente admirador é imitador de Quintana, Tassara, Núñez de Arce, Heredia y todos los poetas del siglo XIX que solían cantar en sus poesías los mismos asuntos con las mismas cadencias. Rubén Darío sentía dentro de sí la influencia ancestral sin notar que lo fuese; porque la mayor parte de nuestros pensamientos son residuos de almas, posos que han quedado de otros espíritus en nuestro espíritu y que duermen en la santa paz de la inconsciencia, Rubén Darío empuñó la broncea trompa y alzó hacia el alto cielo sus sonos estrepitosos y apocalípticos. Nadie podía sospechar en aquel mozo ardoroso y lleno de brío que entonaba himnos vibrantes á todas las cosas creadas, al futuro decadente que dormitaba, al poeta innovador y sugestivo. Nadie hubiera visto en aquel pacato y moderado poeta que seguía fielmente las pisadas de nuestros más distinguidos líricos, de nuestros clásicos modernos, al terrible y fiero revolucionario futuro que había de transmutar todos los valores de la lírica castellana.»

El crítico, al escribir esto, se olvidó un instante de que Rubén Darío era un genio, y si al principio necesitó de quien le llevase de la mano para orientarse en el camino difícil del Arte, pronto se convirtió de conducido en guía, y su «broncea trompa» avisó su llegada por los vericuetos inexplorados hasta entonces, donde hallábase esperándolo para ceñirle la corona. La musa nueva, inquieta y bella que tenía entre sus manos diminutas, como pétalos de rosas, la lira azul, marfil y oro de la poesía modernista.

América, esa gran maga y esa gran evocadora de nuestras pasadas glorias y grandezas, inspiró sus primeros versos, y en Chile empezó Rubén á adquirir personalidad bien definida. Allí tuvo el maestro imitadores y prosélitos que le seguían contagiados por sus rimas,

adornadas con la cadencia sutil y misteriosa de una danza sagrada de la India fabulosa.

Cuando llegó á Santiago de Chile era un niño tímido, y la lucha por la vida le aterró. B. Vicuña, chileno, que ha escrito un meritísimo libro titulado «Gobernantes y literatos», habla del Rubén de aquellos tiempos en los términos siguientes:

«Llevaba Rubén su timidez hasta el punto de tener miedo á las almas del Purgatorio. En su alojamiento de «La Epoca» lo pasó como aterrado. Poco á poco fué saliendo á la calle y quedándose absorto ante el espectáculo que se le presentó. No tenía idea de lo que era una ciudad de trescientas mil almas. Santiago se le apareció como un ensueño, con su actividad, sus teatros, sus palacios, jardines y monumentos. El despertar á la vida moderna le produjo un aturdimiento, del cual le sacudieron entre Pedro Balmaseda y Manuel Rodríguez Mendoza. Reveló en Santiago los instintos bohemios de las razas primitivas: ansioso de goce, lo derrochaba como un niño: carecía de la menor previsión. Mal iba á estar en Chile, país de lucha y espíritu práctico, un soñador del trópico. Pero venía vagando por instinto como los trovadores de la Edad Media; venía huyendo de la mediocridad de su tierra; venía confusamente en busca de un horizonte para su genio. Después, cuando adquirió desenvoltura y legítimo orgullo de poeta, daba á entender que un hecho romántico había motivado su viaje á Chile, la historia de amor del canto XIII, en el volumen que publicó entonces, titulado «Abrojos»:

¿Que llores? Lo comprendo.  
¡Todo concluído está!

Pero nadie creyó eso á Rubén Darío, quien era, como el Marius de Caran d'Ache, un imaginador permanente. Ese cuento de amor fué un motivo de verso, y nada más.»

••• Vicuña conocía bien al poeta. Lo que él no sabe es que Rubén Darío sigue siendo un niño grande; su timi-

dez, esa timidez infantil que envolvió como en un manto sus primeros años, no le ha abandonado, y su rostro, redondo y grande, de color cetrino; su nariz, corta y roma; sus ojos, negros, en los cuales chispea la luz del genio, tienen á veces expresiones tímidas de pequeño y asustadizo colegial, que forman un raro contraste con su estatura de gigante y su hercúlea complexión física.

En Chile publicó en varios periódicos, y especialmente en «La Epoca», donde se hallaba de redactor, «Invernal», «Analka», «Primaveral», «La canción de oro», «El Fardo» y otras composiciones en prosa y en verso de gran valor artístico. Un su amigo y protector, D. Eduar- dc Poizier, diplomático y literato, hizo que publicara en un libro sus admirables producciones. Aquel libro se llamó «Azul».

Desde entonces, Rubén Darío se encumbró y formó su escuela literaria. Sus versos, de original factura, se los disputaban los periódicos y las revistas. Y la labor de Rubén Darío, desde aquella época hasta ahora que es conocido en todas partes, ha sido intensísima. No hago una relación de las obras que tiene publicadas en prosa y en verso porque son hartó conocidas.

En «Abrojos» y en «Azul» aparece ya el poeta personal, innovador, elegante y sentido :

Cuando la vió pasar el pobre mozo  
y oyó que le dijeron: —¡ Es tu amada! ..

lanzó una carejada,  
pidió una copa y se bajó el embozo.

—¡ Que improvise el poeta!

Y habló luego  
del amor, del placer, de su destino.  
Y al aplaudirle la embriagada tropa,  
se le rodó una lágrima de fuego,  
que fué á caer en el vaso cristalino.

Después tomó su copa,  
y se bebió la lágrima y el vino.

Es una composición de un subjetivismo avasallador; flotan sobre estos versos la tristeza inmensa del alma de

Heine y la melancolía del espíritu de Musset. Deja el recuerdo de algo intensamente triste y doloroso, y esto, sin tener que acudir para producir la emoción estética á conceptos de princesas pálidas, pájaros azules, ni lagos de oro: es fuerte y viril como una imprecación de lord Byron, al mismo tiempo que envuelve una desconsoladora amargura.

Tantos son los colores que tiene en su paleta artística Rubén Darío, que siempre encontramos nuevos matices en sus producciones. Por eso no se parece á ningún poeta antiguo ni moderno. Don Juan Valera, el excelso crítico de imperecedera memoria, estudia á nuestro poeta en el prólogo del libro «Azul», y con la sutileza de su ingenio y la galanura de su prosa le dice:

«Lo primero que se nota es que está usted saturado de toda la flamante literatura francesa: Hugo, Lamartine, Musset, Baudelaire, Leconte de Lisle, Gautier, Beurget, Sully Prudhome, Daudet, Zola, Barbey D'Aurevilly, Catulo Mendes, Rollinat, Goncourt, Flaubert y todos los demás poetas y novelistas han sido por usted bien estudiados y mejor comprendidos. Y usted no imita á ninguno: ni es usted romántico, ni naturalista, ni neurótico, ni decadente, ni simbolista, ni parnasiano. Usted lo ha revuelto todo: lo ha puesto á cocer en el alambique de su cerebro y ha sacado de ello una rara quintaesencia.»

Es cierto: su arte es individual, sólo suyo; su lira tiene cuerdas de oro que nadie más que él conoce y las hace vibrar al pulsarlas, de una forma nueva, con una sonoridad y destreza incomparables.

El poeta que esclaviza la técnica con las oleadas de su inspiración, se muestra en la siguiente poesía, en la cual, las imágenes son precisas y las frases resbalan al final de los versos, si cabe la expresión, apagándose poco á poco en su misma cadencia. La forma es helénica de puro perfecta; aquí no hay dislocamientos ni frases cortadas

arbitrariamente á que tanto nos tienen acostumbrados los poetas modernos. Se diría que los versos están contruidos con pétalos de flores: así son de sedantes y acariciadores; parece percibirse en sus estrofas palpitantes el sonido misterioso de los violines, como un rumor que se diluye entre las frondas del bello jardín; se oyen las conversaciones galantes envueltas entre el aire suave que pasa levemente, el estallido de los besos y el aliento tibio de los suspiros en la atmósfera impregnada de perfumes.

Oídla:

Era un aire suave de pausados giros;  
el hada Harmonía ritmaba sus vuelos,  
é iban frases vagas y tenues suspiros  
entre los sollozos de los violonchelos.

Sobre la terraza, junto á los ramajes,  
diríase un trémolo de liras eolias,  
cuando acariciaban los sedosos trajes  
sobre el tallo erguidas las blancas magnolias.

La marquesa Eulalia risas y desvíos  
daba á un tiempo mismo para dos rivales:  
el vizconde rubio de los desafíos  
y el abate joven de los madrigales.

Cerca, coronado con hojas de viña,  
reía en su máscara Término barbudo,  
y como un efebo que fuese una niña  
mostraba una Diana su mármol desnudo.

Y bajo un bosque del amor palestra,  
sobre rico zócalo, al modo de Jonia,  
con un candelabro prendido en la diestra  
volaba el Mercurio de Juan de Bolonia.

La orquesta perlaba sus mágicas notas;  
un coro de sonos alados se oía;  
galantes pavanas, fugaces gabotas  
cantaban los dulces violines de Hungría.

Al oír las quejas de sus caballeros,  
ríe, ríe, ríe la divina Eulalia,

pues son un tesoro las flechas de Eros,  
el cinto de Cipria, la rueca de Onfalía,

¡Ay de quien sus ríes y frases recoja!  
¡Ay de quien del canto de su amor se fie!  
Con sus ojos lindos y su boca roja  
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

Tiene azules ojos, es maligna y bella;  
cuando mira vierte viva luz extraña;  
se asoma á sus húmedas pupilas de estrella  
el alma del rubio cristal de Champafia.

Es noche de fiesta, y el baile de trajes  
ostenta su gloria de triunfos mundanos.  
La divina Eulalia, vestida de encajes,  
una flor destroza con sus tersas manos.

El teclado armónico de su risa fina  
á la alegre música de un pájaro iguala,  
con los «staccati» de una bailarina  
y las locas fugas de una colegiala.

¡Amoroso pájaro que trinos exhala  
bajo el ala, á veces ocultando el pico,  
que desdenes rudos lanza bajo el ala,  
bajo el ala aleve del leve abanico!

Cuando á media noche sus notas arranque,  
y en arpegios áureos gima Filomela,  
el ebúrneo cisne sobre el quieto estanque  
como blanca góndola inprima su estela.

La marquesa, alegre, llegará al bosque,  
bosque que cubre la amable glorieta  
donde han de estrecharla los brazos de un paje,  
que siendo su paje será su poeta.

Al compás de un canto de artista de Italia  
que en la brisa errante la orquesta deslíe,  
junto á los rivales, la divina Eulalia,  
la divina Eulalia ríe, ríe, ríe.

¡Fué acaso en el tiempo del rey Luis de Francia,  
sol con corte de astros en campos de azur?  
¡Cuando los alcázares llenó de fragancia  
la regia y pomposa rosa Pempadour?

¿Fué cuando la bella su falda cogía  
con dedos de ninfa bailando el minué,  
y de los compases el ritmo seguía  
sobre el tacón rojo, lindo y leve el pie?

¿O cuando pastores de floridos valles  
ornaban con cintas sus albos corderos,  
y oían, divinas Tersis de Versalles,  
las declaraciones de sus caballeros?

¿Fué en ese buer tiempo de duques-pastores,  
de amantes princesas y tiernos galanes,  
cuando entre sonrisas y perlas y flores  
iban las casacas de los chambelanes?

¿Fué, acaso, en el Norte ó en el Mediodía?  
Yo, el tiempo, y el día, y el país ignoro;  
pero sé que Eulalia ríe todavía,  
¡y es cruel y eterna su risa de oro!

El arte de Rubén Darío no cae en chabacanerías; á veces tiene deslices de extraño gusto, nunca vulgaridades, pues de éstas huye Rubén, como en Chile hacía, de las almas del Purgatorio. Sus poesías, y entre ellas la que acabamos de saborear, dan la imagen completa de lo que se propone describir. Como Bécquer, el poeta altísimo del sentimiento y de la melancolía, encuentra la frase tierna y polícroma, la que presta el matiz especial que ha de sorprender nuestra retina para dejar siempre grabada la impresión.

Juzgad estos versos:

La marquesa Eulalia, risas y desvíos  
daba á un tiempo mismo para dos rivales:  
el vizconde rubio de los desafíos  
y el abate joven de los madrigales.

Quien no admire la maestría de ejecución de estos cuatro versos, no es poeta ni siente la poesía. Es verdaderamente maravillosa la descripción de esos tres personajes. Parece sentirse lá risa cruel de la marquesa, verse el continente grave y retador del vizconde rubio y oirse cómo se desgrana el madrigal por la boca del abate joven.

Toda la poesía es vaporosa, refinada : deja una agradable melancolía, una impresión casi inmaterial que parece diluirse á medida que se avanza en su lectura ; no es la impresión sensualista y ardiente de las orientales de Arolas y demás poetas místicos, en que se adivina la explosión del deseo carnal á la fuerza contenido por los mandatos de la religión. No : Rubén Darío huye de esos sensualismos : la impresión de una oriental de Arolas gravita sobre el cerebro : es malsana su lectura porque despierta la sensualidad. Rubén Darío es todo lo contrario : alado, suave, inmaterial ; á uno de sus libros lo tituló «Azul», bello nombre que descubre el alma del poeta, amante de lo inabarcable, el color del cielo, el indescriptible color de lo infinito.

Las rimas que á continuación transcribimos demuestran la delicadeza, la espiritual poesía de este gran innovador que se llama Rubén Darío, nombre también musical y sonoro como sus versos.

Yo quisiera cincelarte  
una rima  
delicada y primorosa  
como una áurea margarita  
ó cubierta de irisada  
pedrería,  
ó como un joyel de Oriente  
ó una copa florentina.

Yo quisiera poder darte  
una rima  
como el collar de Zobaida,  
el de perlas ormisinas,  
que huelen como las rosas  
y que brillan  
como el rocío en los pétalos  
de la flor recién nacida.

Yo quisiera poder darte  
una rima  
que llevara la amargura  
de las hondas penas mías

entre el oro del engarce  
de las frases cristalinas.

Yo quisiera poder darte  
una rima  
que no produjera en ti  
la indiferencia ó la risa,  
sino que la contemplaras  
en su plácida alegría,  
y que después de leerla...  
te quedaras pensativa.

Aquí hay fragancia y emotividad de poeta dueño de todos los secretos del idioma.

Quizás alguien diga que Rubén Darío tiene un léxico raro, que se obsesiona con el cisne blanco, las risas de oro, el pájaro azul, los dioses y semidioses mitológicos y nombres extraños, que para descifrarlos se necesita tener abierto el Diccionario si se quieren comprender algunas de sus poesías; pero esto le presta más mérito al poeta, porque todo lo que tienda á renovar el léxico, sacudiendo del polvo de las hojas de los diccionarios palabras que estaban llamadas á desaparecer por el poco uso que se hacía de ellas, debe admirarse, y mucho más, si quien las saca á luz de nuevo es un poeta de tan alta inspiración y sólida cultura como Rubén Darío.

El Modernismo ha tenido y tiene sus detractores. Ninguna tendencia literaria ha sido tan combatida como el Modernismo. Los literatos anticuados cerraban sus ojos no queriendo contemplar las bellezas de la nueva tendencia. Encastillados en sus preceptos clásicos, dirigían una mirada de desprecio y un gesto de desdén hacia las nuevas producciones. Fósiles académicos de la Lengua, meros imitadores de los antiguos modelos, no querían comprender que la renovación en arte, como en todo, es vida, y se burlaban de los que consagraban su esfuerzo en dar una nueva orientación á la poesía. Ellos no tenían valor, ni fuerza, ni originalidad para truncar la métrica sin que el ritmo desapareciera y la belleza artística adqui-

riese con la variación nuevos matices. Entonces, convencidos de su impotencia, se dedicaron á escribir extensos artículos críticos, ridiculizando á los nuevos sacerdotes del Arte, que adornados de melenas largas y corbatas monumentales, ambulaban por las calles con mirada soñadora, buscando la princesa pálida de cabellos de oro y manos de marfil. Y hubo momentos en que creyeron la batalla ganada, y el Modernismo ó los modernistas sirvieron de irrisión, porque, como en los demás órdenes de la vida, había gente grotesca y lamentable.

Yo entiendo el Modernismo como vaguedad, torturamiento, ansia de encontrar el crisol donde se fundan las ideas viejas y surjan de ellas la nueva orientación del pensamiento. En suma: renovación, algo que aplaque este deseo irresistible de nuevos ideales que ponen en tensión á los pueblos. Y la voluntad acompaña á estos hombres nuevos en el camino del ideal. ¡Oh, voluntad, reina del Mundo! La Ciencia te debe sus descubrimientos, sus adelantos. Yo te cantaré un himno grandioso y viril, y te coronaré con tus triunfos. Venga la renovación en artes, en ciencias, en política, en todo; si no hubiese innovadores, la Ciencia no hubiese pasado de un juego infantil; no habría logrado el hombre vencer los ímpetus de los mares, hacer su esclava á esa fuerza terrible que se llama electricidad, y, por último, elevarse á los aires en ese portentoso invento de los tiempos presentes.

Pero volvamos á Rubén. No sabía él las polémicas que iba á suscitar cuando llegó á Madrid con sus libros «Azul» y «Abrojos». En ellos hay flores rojas de perfume enervante y blancas flores de perfume sutil. Primeramente se le echó de todas partes: nadie quería leer al poeta revolucionario, quizás porque esta palabra causa terror en las apacibles quietudes, en las almas acostumbradas al curso normal de la existencia; pero gracias al despertar de los inquietos se fué rompiendo el hielo, y los periódicos españoles publicaron las composiciones del poeta nicaragüense, y la firma del maestro, que primero se desde-

ñó, se buscó después con avidez. La juventud literaria española siguió al poeta, aunque ninguno de sus discípulos ha conseguido llegar á la cumbre donde se ha elevado la potencia creadora de Rubén.

Y para que podáis daros cuenta de la ductilidad de su talento y de la exuberancia y diversidad de su fantasía, copio á continuación su composición «Sonatina», que se publicó en el volumen «Prosas profanas».

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?  
 Los suspiros se escapan de su boca de fresa,  
 que ha perdido la risa, que ha perdido el color;  
 la princesa está pálida en su silla de oro;  
 está mudo el teclado de su clave sonoro,  
 y en un vaso olvidado se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales;  
 parlanchina, la dueña dice cosas banales,  
 y vestido de rojo piruetea el bufón.  
 La princesa no ríe; la princesa no siente;  
 la princesa persigue por el cielo de Oriente  
 la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda ó de Chiva,  
 ó en el que ha detenido su carroza argentina  
 para ver de sus ojos la dulzura de luz?  
 ¿O en el rey de las Islas de las rosas fragantes,  
 ó en el que es soberano de los claros diamantes,  
 ó en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa  
 quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,  
 tener alas ligeras, bajo el cielo volar,  
 ir al sol por la escala luminosa de su rayo,  
 saludar á los lirios con los versos de Mayo  
 ó perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,  
 ni el balcón encantado, ni el bufón escarlata,  
 ni los cisnes unánimes en el lago de asur.  
 Y están tristes las flores por la flor de la corte,  
 los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,  
 de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!  
 Está presa en sus oros, está presa en sus tules,  
 en la jaula de mármol del palacio real;  
 el palacio soberbio que vigilan los guardas,  
 que custodian cien negros con sus cien alabardas,  
 su lebrél que no duerme, su dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsepila que dejó la crisálida!  
 (La princesa está triste; la princesa está pálida.)  
 ¡Oh, visión adorada de oro, rosa y marfil!  
 ¡Quién volar á la tierra donde su príncipe existe  
 (La princesa está pálida; la princesa está triste.)  
 más brillante que el alba, más hermosa que Abril!

Calla, calla princesa—dice el hada madrina—;  
 en caballo con alas hacia acá se encamina,  
 en el cinto, la espada, y en la mano, el azor;  
 el feliz caballero que te adora sin verte,  
 y que llega de lejos vencedor de la Muerte,  
 á inundarte los labios con su beso de amor.



Entre todas las poesías de Rubén Darío, quizás esta sea la que tenga más sabor modernista; pero, no obstante, ni en ella hay dislocamientos de frases, ni las repeticiones de las mismas palabras hieren el oído; al contrario, la emoción estética se produce con más intensidad.

En ocasiones, por el afán de originalidad, resulta extravagante; ejemplo de ello son los siguientes versos:

Una selva suntuosa  
 en el azul celeste su rudo perfil calca.  
 Un camino. La tierra es de color de roca,  
 cual la que pinta fray Dominico Cavalea  
 en sus vidas de Santos. Se ven extrañas flores  
 de la flora gloriosa de los cuentos azules,  
 y entre las ramas encantadas, papemores,  
 cuyo canto extasiara de amor á los bulbules.  
 (P: pemor: ave rara. Bulbules: ruisiñores)



El poeta lleva aquí su excentricidad hasta el punto

de darnos una definición de los papemores y de los bulbulles. Perdonémosle ese rasgo de humorismo. Todos los grandes poetas han tenido genialidades de mal gusto, sin que la labor artística en total pierda el mérito justamente otorgado por la posteridad.

El genio, como la mujer, tiene su cuarto de hora que piensa en las musarañas y pierde el rumbo que le marca la estética, como la mujer pierde el sentido de la realidad. Seguramente, Rubén Darío, en un cuarto de hora parecido, escribió esos desdichados versos. Corramos un tupido velo y quitémonos el sabor agrio de aquéllos «con el dulce paladeo de este «Invernal»:

Noche. Este viento vagabundo lleva  
 las alas entumidas  
 y heladas. El gran Andes  
 yergue al inmenso azul su blanca cima.  
 La nieve cae en copos;  
 sus rocas transparentes criticaliza;  
 en la ciudad los delicados hombros  
 y gargantas se abrigan;  
 ruedan y van los coches,  
 suenan alegres pianos, el gas brilla;  
 y si no hay un fogón que le caliente  
 el que es pobre tiritita.  
 Yo estoy con mis radiantes ilusiones  
 y mis nostalgias íntimas  
 junto á la chimenea,  
 bien harta de tizones, que crepitan.  
 Y me pongo á pensar: ¡Oh! ¡Si estuviese  
 ella, la de mis ansias infinitas,  
 la de mis sueños locos  
 y mis azules noches pensativas!  
 ¿Cómo? Mied:  
 De la apacible estancia  
 en la extensión tranquila,  
 verterá la lámpara reflejos  
 de luces palidas.  
 Dentro, el amor que abrasa;  
 fuera, la noche fría;  
 el golpe de la lluvia en los cristales

y el vendedor que grita  
su monótona y triste melopea  
á las glaciales brisas.  
Dentro, la ronda de mis delirios,  
las canciones de notas cristalinas,  
unas manos que toquen mis cabellos,  
un aliento que roce mis mejillas,  
un perfume de amor, mil conmociones,  
mil ardientes caricias;  
ella y yo: los dos juntos; los dos solos;  
la amada y el amado, ¡oh, Poesía!,  
los besos de sus labios,  
la música triunfante de mis rimas,  
y en la negra y cercana chimenea  
el tuero brillador que estalla en chispas  
¡Oh! ¡Bien haya el brasero  
lleno de pedrería!  
Topacios y carbunclos,  
rubíes y amatistas,  
en la ancha cota etrusca  
repleta de ceniza.  
Los lechos abrigados,  
las almohadas mullidas,  
las pieles de Astracán, los besos cálidos  
que dan las bocas húmedas y tibias.  
¡Oh, viejo Invierno! ¡Salve!,  
puesto que traes con las nieves frías  
el amor embriagante  
y el vino del placer en tu mochila.  
Sí; estaría á mi lado  
dándome sus sonrisas;  
ella, la que hace falta á mis estrofas,  
esa que mi cerebro se imagina;  
la que, si estoy en sueños,  
se acerca y me visita;  
ella, que, hermosa, tiene  
una carne ideal, grandes pupilas,  
algo del mármol, blanca luz de estrella;  
nerviosa sensitiva,  
muestrá el cuello gentil y delicado  
de las hebes antiguas  
bellos gestos de diosa,  
tersos brazos de ninfa,

lustrosa cabellera  
en la nuca encrespada y recogida,  
y ojeras que denuncian  
ansias profundas y pasiones vivas.  
¡Ah! ¡Por verla encamada,  
por gozar sus caricias,  
por sentir en mis labios  
los besos de su amor, diera la vida!  
entretanto, hace frío;  
yo contemplo las llamas que se agitan,  
cantando alegres con sus lenguas de oro,  
móviles, caprichosas é intranquilas,  
en la negra y cercana chimenea  
do el tuero brillador estalla en chispas.  
Luego pienso en el coro  
de las alegres li ras.

En la copa labrada, el vino negro;  
la copa hirviendo cuyos bordes brillan  
con iris temblorosos y cambiantes  
como un collar de prismas;  
el vino negro que la sangre enciende  
y pone el corazón con alegría,  
y hace escribir á los poetas locos  
sonetos áureos y flamantes silvas.

El Invierno es beodo.

Cuando soplan sus brisas,  
brotan las viejas cubas  
la sangre de las viñas.

Sí; yo pintara su cabeza cana  
con corona de pámpanos guarnida.

El Invierno es galeoto,  
porque en las noches frías

Paolo besa á Francesca

en la boca encendida,

mientras su sangre como fuego corre  
y el corazón ardiendo le palpita.

¡Oh, crudo Invierno! ¡Salve!,  
puesto que traes con las nieves frías  
el amor embriagante

y el vino del placer en tu mochila.

Ardor adolescente,

miradas y caricias;

cómo estaría trémula en mis brazos

la dulce amada mía,

dándome con sus ojos luz sagrada,  
con su aroma de flor, savia divina.  
En la alcoba, la lámpara  
derramando sus luces opalinas;  
oyéndose tan sólo  
suspiros, ecos, risas;  
el ruido de los besos,  
la música triunfante de mis rimas,  
y en la negra y cercana chimenea  
el tuero brillador, que estalla en chispas.  
Dentro, el amor que abrasa;  
fuera, la noche fría.

En esta composición se destaca la vigorosa personalidad del poeta, que sabe dar una forma nueva á un asunto tan trivial como el que encierra los anteriores versos. Un invierno crudo que se sueña en la mujer amada, de puro tratado el asunto parece que no hay medio de conseguir una nueva y original factura. Sin embargo, Rubén Darío, que es ante todo un artista, ha sabido dotar á su composición de frases tan felices y de tanta fuerza emotiva, ha entrado tan profundamente en el alma de todo ello, que la poesía se lee hasta el final y nos dejamos apresar en la red mágica que nos tiende el artista.

Rubén es un cincelador de frases finas. Jamás un nombre ingrato al oído y á la imaginación del que lee se encuentra en sus altas poesías ni en su prosa preciosista y aristocrática. Todo es limpio, áureo, resplandeciente; hacen cegar las luces claras, chispeantes como rayos de sol, de sus períodos impecables. Rubén derrama en sus obras el ánfora adornada de brillantes y rubíes, y rebosante de frases cristalinas y sonoras que nacen en su alma sentimental de artista.

Algunas veces este poeta, todo luz y alegría, que ama y hace amar la vida, tiene momentos de abandono é interroga á lo invisible, queriendo adivinar la causa de nuestra existencia.

He aquí esas estrofas :

LO FATAL

Dichose el árbol que es apenas sensitivo,  
 y más la piedra dura porque ría, y á río riente,  
 pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
 ni mayor pesadumbre que la vida consciente.  
 Ser y no saber nada y ser sin rumbo cierto,  
 y el temor de haber sido y un futuro terror...  
 y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
 y sufrir por la vida y por la sombra y por  
 lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
 y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
 y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,  
 y no saber adónde vamos  
 ; ni de dónde venimos.. !

He transcrito estos versos para demostrar que el arte de Rubén Darío no se compone de sonoras bagatelas, como decía Horacio de las obras de los malos poetas, ni es vanal como muchos creen, sin duda porque no conocen toda su labor; en esas estrofas el poeta ha sentido el hábito misterioso de lo incognoscible. Los versos tercero y cuarto son de una belleza inmensa, y dudo que puedan superarse en la poesía moderna.

Víctor Hugo, en uno de sus formidables arranques líricos, dice: «La poesía es elemento; irreductible, incorruptible y refractaria. Como la mar, dice cada vez todo lo que tiene que decir; después vuelve á comenzar con una majestad tranquila y con esa variedad inacabable que no pertenece más que á la unidad. Esta diversidad en lo que parece monótono es el prodigio de la inmensidad.»

No cabe una definición más completa del rumbo que sigue la poesía, ni en menos palabras. No en vano son de aquel coloso que dijo: «La producción de las almas es el secreto del abismo. Un genio es un promontorio en el infinito.»

Víctor Hugo todo lo agrandaba: una idea desarrollada por él se convertía en algo sobrehumano é inabarcable.

El Genio ostenta esa prodigiosa facultad de la cual carecen los demás mortales. Todo lo que con sus alas toca lo transfigura: parece que un polvo áureo se desprende de su superficie; y aquello que rozó descarnado y feo, adquiere un baño brillante y esplendoroso que nunca ha de perder.

El siguiente soneto nos hace ese efecto; la idea es vieja, descarnada, vulgar; pero las alas de Rubén dejaron caer sobre ella el polvo áureo, y brillan sus estrofas como brillantes de múltiples facetas. Se titula «Margarita», y el soneto, como el nombre de mujer, tiene cierto sabor de pecado.

¡Recuerdas que querías ser una Margarita  
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está  
cuando cenamos juntos, en la primera cita,  
en una noche alegre que nunca volverá.

Tus labios escarlata, de púrpura maldita,  
sorbían el champañé del fino «baccarat»;  
tus dedos deshojaban la blanca margarita.  
Sí..., no...; sí..., no..., ¡y sabías que te adoraba ya!

Después, ¡oh, flor de Histeria!, llorabas y reías:  
tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo;  
tus risas, tus fragancias, tus quejas eran mías.

Y en una tarde triste de los más dulces días,  
La Muerte, la celosa, por ver si me querías,  
como á una margarita de amor ¡te deshojó!

En las tres últimas estrofas el alma lírica del maestro se vierte entera con todo su elevado sentimentalismo y en melancólico ensueño; desnuda la belleza como una hermosa mujer de líneas sublimes, aparece adornada solamente del collar de los finos versos.

Rubén ve pasar la vida y cuenta lo que ve en ella; nunca se queja ni lloriquea como nuestros poetas románticos; por eso quizás su sano sentimentalismo se adentra más en el alma de las cosas; en el soneto anterior, no hay protesta alguna contra lo invisible, contra lo que en un

día ú otro ha de suceder: describe lo que pasa, y nada más; que el lector saque la consecuencia. Para ser buen poeta hay que dar notas vagas de todo, pero con un arte tal que el lector reconstruya con esas notas el proceso sentimental y que adivine lo que no se dice. Ese es el secreto del excelso arte, la cima del genio.

En fin, para completar la personalidad del poeta, y como última lectura, copio á continuación su poesía en elogio de la seguidilla. Es admirable de composición, por sus imágenes sangrantes de puro vivas, de ricos conceptos, donde sublimiza el alma andaluza y da una idea de la España del Sur con sus claveles rojos, sus gitanas de ojos negros y cuerpos cimbreantes, su cielo azul y su ambiente cálido. Hasta parece oírse el sonido de las castañuelas y el vino al caer en las copas cristalinas.

Metro mágico y rico, que el alma expresas  
llameantes alegrías, penas ananas,  
desde los suaves labios de las primeras  
hasta en las bocas rojas de las gitanas.

Las almas armoniosas buscan tu encanto,  
sónora rca métrica, que ardes y brillas,  
y España ve en tu ritmo, viento en tu canto  
sus hombres, sus charlas, sus manzanillas.

Vibras al aire alegre, como una cinta;  
el músico te adula; te ama el poeta;  
Rueda, en ti, sus fogosos paisajes pinta  
con la audaz policromía de su paleta.

En ti el hábil orfebre simula el marco  
en que la idea-perla su oriente acusa,  
ó en tu bordaje armónico formas el arco  
con que lanza sus flechas la airada Musa.

A tu voz en el aire crujen las faldas;  
los piecitos hacen brotar las rosas,  
é hilan hebras de amores las esmeraldas  
en ruecas invisibles y misteriosas.

La andaluza hechicera, paloma arisca,  
por ti irradia, se agita, vibra y se quiebra

con el lánguido gesto de la odalisca  
ó las fascinaciones de la culebra.

Pequeña ánfora lírica, de vino llena,  
compuesto por la dulce musa Alegría  
con uvas andaluzas, sal Macarena,  
flor y canela frescas de Andalucía.

Subos, croces y vistas de pompas fieras;  
retumbas en el ruido de las metralas;  
ondulas con el ala de las banderas;  
suenas con los clarines de las batallas.

Tienes toda la lira; tienes las manos  
que acompañan las damas y las canciones;  
tus órganos, tus preces, tus cantos llanos  
y tus llantos, que parten los corazones.

Ramillete de dulces trinos verbales,  
jabalina de Diana la Cazadora,  
ritmo que tiene el filo de cien puñales,  
que muerde y acaricia, mata y enflora.

Las Tiris campesinas de ti están llenas  
y aman, radiosa abeja, tus bordoneos;  
así riegan tus chispas las Nochebuenas,  
como adoras la lira de los Orfeos.

Que bajo el sol dorado de marzanilla  
que esta opulenta concha del cielo baña,  
poltrona y triunfante, la seguidilla  
es la flor del sonoro Jindo de España.

Otras muchas poesías de tanto gusto artístico como la transcrita tiene Rubén en su paleta de pintor inconmensurable; pero ya por hoy es bastante; sólo he querido demostrar en estas líneas el alto linaje de las poesías de ese innovador maravilloso, que ha sabido presentarnos la belleza con mil nuevos matices.

Rubén puede aconsejar á sus detractores, poetastros sin imaginación, que guardan su rencor al que se halla en la altura, porque ellos sienten mareos ante la inmensidad y necesitan tocar el suelo con las manos, que lean y se aprendan de memoria aquellos célebres versos de

C'est en vain qu'au Parnasse un téméraire auteur  
pense de l'art des vers atteindre la hauteur :  
s'il ne sent point du ciel l'influence secrète,  
si son astre en naissant ne l'a formé poète,  
dans son génie étroit il est toujours captif ;  
pour lui Phébus est sourd, et Pégase est rôtif.

En nombre del Arte debemos al gran Rubén Darío un profundo agradecimiento, porque ha buscado nuevos derroteros á la poesía castellana, que se iba postrando poco á poco, escasa de originalidad, de inspiración y de vida.

José Más.

1.º Enero 1914.

## VARIEDADES

### EL MAR DEL SUR

En alta mar se hallaba ya la expedición que hacia Tierra Firme dirigía el bachiller Enciso, cuando, con sorpresa de todos, rompiéronse ó se abrieron las tablas de un tonel, ó se rasgaron, según otros, los pliegues de una vela, y surgió la figura de un hombre de gallarda presencia, á quien nadie conocía.

Era Vasco Núñez de Balboa, que, agobiado de cuitas y de deudas, habíase acogido á aquel ardid para ponerse á salvo de acreedores y enemigos.

El primer impulso de Enciso fué mandar que arrojasen al intruso de cabeza al mar. Súplicas y ofertas de sumisión y servicios que hizo Núñez de Balboa libráronle de morir, y pudo tomar parte activa y muy principal en aquella y otras audaces expediciones por mares y tierras del golfo de Urabá, del Darién, del Atrato y de Panamá, por donde á través de bosques casi impenetrables, subiendo y bajando por riscos y montañas, sobre suelo cortado por ríos, torrentes y barrancos, bajo un sol abrasador, hostilizado de continuo por los indios y mortalmente amenazado por la terrible fiebre del pantano y del fango, llegó, con los restos de su gente, en la mañana del 25 de Septiembre de 1513, á una hermosa altiplanicie, limitada al Sur por alta y pintoresca colina que cerraba el horizonte.

Mostróle el guía indígena aquella eminencia como lugar desde el cual podría ver el mar ignoto que buscaba. Quiso Balboa adelantarse y subir solo á la cumbre, y cuando desde ella contempló á lo lejos el inmenso Océano, cayó de rodillas, oró y llamó á los suyos, que, pros-

ternados también en tierra, dieron gracias á Dios, que les había concedido la suerte y la gloria de descubrir el Mar del Sur. Entre ellos estaba Pizarro, el futuro conquistador del Perú.

Descendieron después hacia la costa del vasto Océano descubierto; en él entró Vasco Núñez para tomar y declarar la posesión en nombre de los reyes Don Fernando y Doña Juana, y así, aquel hombre extraordinario, que dió principio á sus hazañas encerrado y oprimido entre duelas y cinchos de hierro, remató la más gloriosa empresa de su vida dentro de las aguas del mayor de los Océanos. Todo el inmenso Mar del Sur y las lejanas costas, y las innumerables tierras grandes y chicas que en él hubiera, eran y tenían que ser de España, porque así lo quiso y lo proclamó Vasco Núñez de Balboa.

Debía ser el «mare nostrum» de la raza hispana. Lo fué durante años, cuando sólo naves españolas lo surcaban, y los Magallanes, Elcano y Loaysa, los Saavedra, Grijalva, Mendaña y Barreto, los Villalobos, Quirós, Torres, Ortiz y tantos otros, iban y venían por él entre las costas de América y las asiáticas, y desde tierras europeas llegaban á las de Asia completando la obra grandiosa que inició Colón en los últimos años del siglo xv.

Si hubo un tiempo en que alguien pudo decir, refiriéndose al Mediterráneo, que hasta los peces de la mar, cuando salieran, habrían de llevar las barras de Aragón en las espaldas, con mayor motivo pudo haberse dicho en el siglo xvi que las olas del Mar del Sur iban todas á romper sobre tierras y rocas españolas. Desde Las Perlas, las Galápagos y las Juan Fernández, hasta las Filipinas, y la Nueva Guinea y las costas y arrecifes litorales de la Australia ó Tierra de los Áustrias de España, todo tenía nombre español, que luego nos fueron quitando, cuando á reata de los nuestros llegaron, los navegantes extranjeros, los Tasman y los Cook, los Wallis y Vancouver, los Bougainville y Laperouse.

Pasaron aquellos tiempos; pero en los nuestros, si no

es España, son hombres y pueblos de origen hispano los que dan frente al mar de Balboa desde las costas de California hasta el litoral de las Tierras magallánicas.

Revillagigedo, la Pasión, las Galápagos, San Ambrosio, San Félix y Juan Fernández son las avanzadas de esos pueblos en el mar Pacífico, y su extrema vanguardia se adelanta hasta las islas chilenas de Sala y Gómez y de Pascua. Que no olviden que de sus mismos puertos zarparon las naos que iban al descubrimiento y conquista de la Oceanía y que estén siempre apercebidos para hacer entradas en el mar que de España han heredado.

RICARDO BELTRÁN Y RÓZPIDE.

*(Discurso: Sociedad Geográfica.—25 Septiembre 1913.)*

## NOTICIAS

### Comunicación importante.

La comunicación dirigida por el señor Presidente del Centro de Cultura á los señores testamentarios de D. José Canalejas en respuesta y agradecimiento de su honroso oficio, cuyo contenido se inserta en la sección de «Notas del Centro» de este mismo número de la Revista, fué reáctada en los términos siguientes:

«Excmos. Sres.:

Con profundo reconocimiento recibió este Centro oficial la atenta comunicación fecha 2 del corriente, que VV. EE. han tenido la bondad de dirigirle honrándole mucho, y en la que encomiendan á esta institución que coloque y descubra en la Puerta del Sol, en el lugar del infausto suceso, la placa que conmemore la muerte de aquel gran estadista y excelso gobernante D. José Canalejas, ilustre fundador de esta Corporación.

Aceptado con orgullo este honroso encargo, expresamos á VV. EE. el inmenso y profundo agradecimiento que sentimos por distinción tan grande; y este instituto, que guarda siempre aquel fervoroso y permanente culto que la memoria de su fundador merece, tendrá este acto más que consignar en sus anales, de los que constantemente consagra á aquel hombre incomparable, grande por su inteligencia y por su patriotismo y el más excelso de nuestros maestros.

Al contestar á la atentísima comunicación, participamos á VV. EE. que esta Corporación ha acordado que el próximo jueves 29 del corriente mes, á las diez de la mañana, tenga lugar el solemne, sentido y severo acto de descubrir la lápida conmemorativa de aquel horrible suceso, asistiendo al mismo el Presidente y Secretario de la Comisión del monumento á Canalejas, sus dignos testamentarios, el ilustre artista que

esculpíó la placa y la Comisión de este Centro de Cultura designada al efecto.

Cumpliendo los acuerdos adoptados, tenemos el singular honor de poner en conocimiento de VV. EE. lo que antecede para que conste y puedan realizarse tan elevados propósitos.

Dios guarde á VV. EE. muchos años.

Madrid, 16 de Enero de 1914. — El Presidente, *Luis Palomo.*»

### Varias.

Un vecino de Caracas (Venezuela) ha pedido autorización al ministro de Fomento venezolano para establecer fábricas de cianato de calcio y sus derivados, cianámidá de calcio y nitrato de calcio sintético, productos azoados que por su contenido de nitrógeno asimilable por los vegetales presta útiles servicios á la agricultura y la industria.

Dicha fabricación no la ha implantado nadie aún en Venezuela, y el indicado vecino de Caracas trata de extender esa industria por la mayoría de las provincias venezolanas.



También los Sres. F. Arroyo Parejo y Manuel Felipe Núñez, abogados de Caracas, han solicitado establecer la fabricación de alcohol de maíz, propio para combustible y usos de la perfumería, licorería, farmacia y otros, industria que hasta la fecha no se ha explotado en Venezuela.

Las ventajas que reportará al país venezolano el establecimiento de la nueva industria consistirán, no solamente en el abaratamiento de un artículo de primera necesidad, como es el alcohol, y cuyas aplicaciones son múltiples, sino también en el fomento del cultivo del maíz en todo el territorio de la República.

La primera fábrica proyectan levantarla los solicitantes en Caracas, y otras, después, en varios puntos del interior de Venezuela.



El Gobierno de Venezuela ha aceptado la invitación que le dirigió el de España para concurrir al V Congreso Internacional Arrocerero, que se celebrará en Valencia en la segunda quincena de Mayo próximo.

Las decisiones que se adopten en dicho Congreso se publicarán en el *Boletín del Ministerio de Fomento*, de Venezuela, pues el desarrollo del cultivo del arroz interesa mucho en aquel país.

Entre los principales estudios que el Gobierno de Venezuela ha recomendado á los agricultores de aquella República que hagan para exponerlos en el Congreso rícola de que se trata figuran los siguientes: Regiones del país en las que se cosecha el arroz.—Variedades que se cultivan.—Producción media del cereal.—Máquinas empleadas en su beneficio.—Insectos que atacan á la planta y modo de destruirlos.—Enfermedades de ésta y manera de combatirlas.—Precios de venta corrientes.



Un periódico daba recientemente la noticia de que se había declarado en quiebra la entidad bancaria «La Incorporadora», del Brasil, lo que supone la quiebra de otros cuarenta y seis Bancos fundados por la misma Empresa, como sucursales suyas, en las principales ciudades del Estado de San Pablo.

Parece ser que entre los acreedores figuran varios Bancos extranjeros.

### **La emigración.**

Durante el mes de Octubre último, salieron 21.077 emigrantes españoles por los diferentes puertos nacionales con dirección á las Repúblicas hispanoamericanas. Aparte de este crecidísimo número de infelices que se han creído obligados á dejar el suelo patrio en busca del sustento diario en tierras tan lejanas, hay que tener en cuenta los seis mil más que marcharon por el puerto de Gibraltar.

Pues bien: véase lo que dice el manifiesto profusamente repartido por el «Comité de organizaciones obreras de la Re-

pública Argentina», y cuyo contenido nos llena de la más profunda amargura, toda vez que nos obliga á considerar las penalidades que nuestros pobres compatriotas habrán de sufrir allí.

El documento en cuestión dice así:

«El trabajador extranjero que en estos momentos de verdadera crisis viene á estas regiones estará destinado á aumentar el número de desocupados y fomentar el empeoramiento de las condiciones de la vida y del trabajo, imposibilitando á la vez la acción proletaria contra las leyes draconianas de la Argentina.

Para completar el cuadro, debemos mencionar el flagelo de la carestía de la vida, que en esta República asume caracteres más agudos y alarmantes que en otros países. Podéis formaros una idea considerando que en uno de esos avisperos, aquí llamados «conventillos», el alquiler de una habitación de cuatro metros cuadrados, sin más luz ni ventilación que la puerta, que da á un húmedo y obscuro patio, cuesta mensualmente de 30 á 40 pesos; los artículos de consumo, exorbitantemente caros.

El kilo de pan de peor calidad vale 36 centavos, y la carne, á pesar de que este país es eminentemente agrícola y ganadero, puede decirse sin exageración que para la inmensa mayoría de los trabajadores es un artículo de lujo.

El salario del obrero calificado es de 4,50 pesos diarios, y si se tiene en cuenta que durante un mes difícilmente trabajan más de veintidós días, se ve que el tanto mensual del salario no alcanza casi nunca á 100 pesos (moneda nacional).

Comparado con el alquiler, 35 pesos mensuales; el precio de la carne, 0'80 pesos el kilo; el pan, carbón, luz, verdura, legumbres y otros artículos indispensables se comprenderá cómo todo presupuesto, por mínimo y miserable que sea, arroja un déficit por cubrir.

Como es natural, la situación del peón (obrero no calificado, sin oficio) es aún más crítica y angustiosa, pues el salario de este último no pasa jamás de 2'80 pesos diarios, y si á esto se agrega los accidentes, muy comunes entre los obreros, enfermedades ó desocupación, etc., se ve palmariamente que la promesa de bienestar que los emisarios del Gobierno pro-

pagan á boca llena son verdaderos cuentos de hadas que la realidad desmiente en la forma más absoluta y categórica.»



En la Cámara de diputados de Chile, el Sr. D. Malaquías Concha ha hablado recientemente sobre la situación de Méjico, manifestando que creía de oportunidad el que en vista de la actitud yanqui, las Repúblicas sudamericanas dirijan un mensaje á la primera expresando su desagrado por la intromisión de los Estados Unidos en las cuestiones mejicanas.

### Publicaciones.

*Geografía de Panamá*, por Ramón M. Valdés.—Casa editorial de Guillermo Andreve.—Panamá.

Es un libro muy interesante por la abundancia de datos estadísticos, históricos, etnográficos, políticos, geográficos y topográficos que contiene: el libro es útil para la enseñanza en las escuelas y para consulta en los gabinetes de todas las personas estudiosas.

*Compendio de Historia de Panamá*, por Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.—Está escrito con mucho gusto y, sobre todo, con mucho patriotismo. Merece un lugar en todas las bibliotecas.

*Límites de Panamá*, por Juan B. Sosa.—Apuntamientos sobre los derechos territoriales de la República, en sus linderos con la Colombina.

*España y América: 1812-1912.—Estudios políticos, históricos y de Derecho Internacional*, por D. Rafael M. de Labra.

Es un arsenal de datos, noticias, pormenores y juicios acerca del régimen político y económico establecido por España en América, y respecto de la aplicación de la Constitución de 1812 á los pueblos hispanoamericanos.

El libro, en sus 485 páginas, contiene una exposición y un estudio detallado de todos los problemas relacionados con España y América desde la época del descubrimiento hasta nuestros días.



